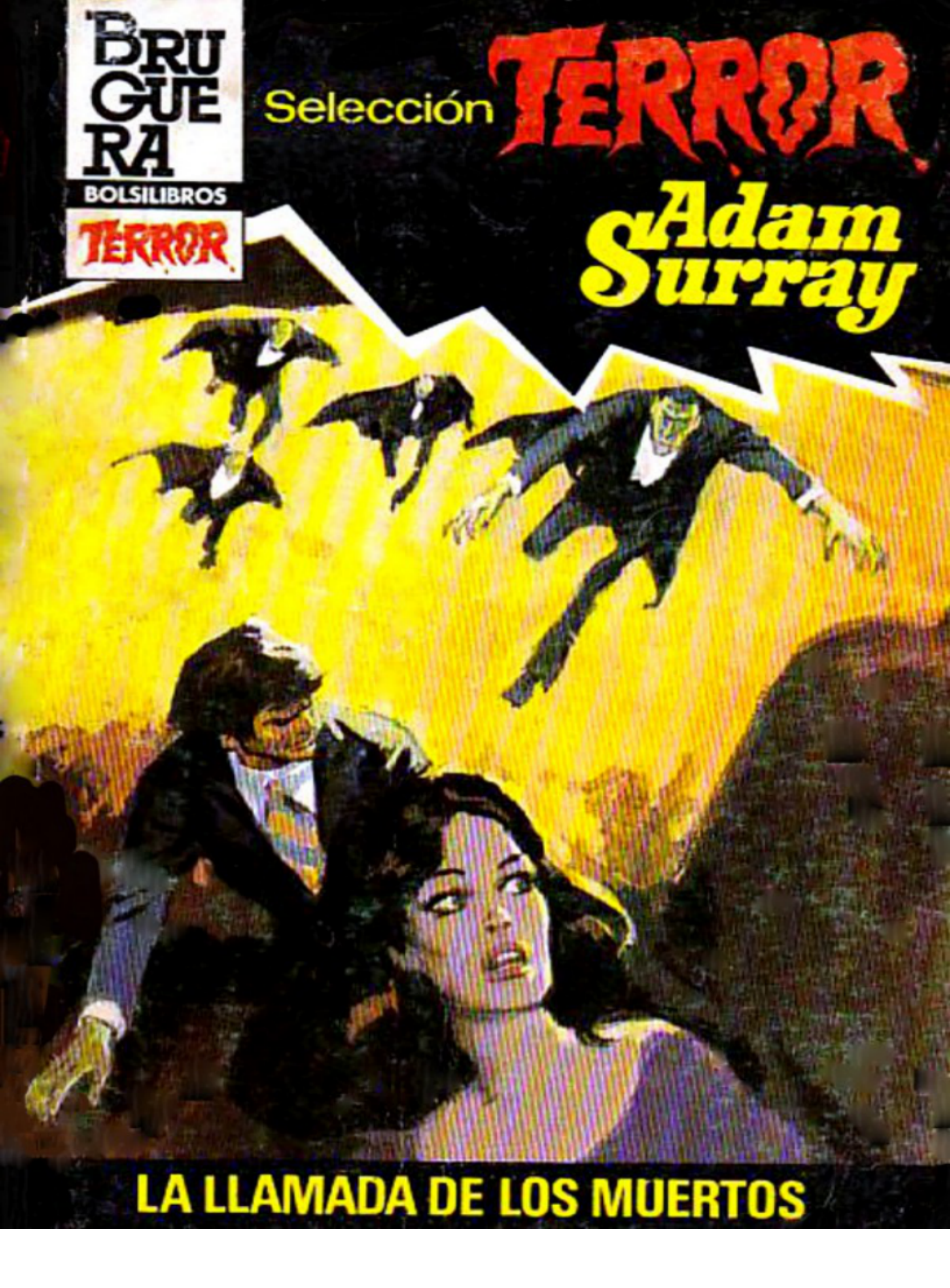

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Adam Surray
LA LLAMADA DE LOS MUERTOS



ADAM SURRAY

LA LLAMADA DE LOS MUERTOS

Colección SELECCION TERROR n.° 531 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

526 — Amada bruja mía. *Lou Carrigan.*
527 — A gritos, me pedirás morir. *Ada Coretti.*
528 — El lama negro. *Ralph Barby.*
529 — Post Mortem. *Frank Caudett.*
530 — Más allá del sepulcro. *Curtis Garland.*

ISBN 84 02 02506 4 Depósito legal: B. 9.427-1983
Impreso en España Printed in Spain

1. 1. a edición: mayo, 1983
2. 2. a edición en América: noviembre, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con per-sonajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N 152, Km 21,6501 Barcelona 1983

CAPITULO PRIMERO

Gladys rió en cantarina carcajada.
—De no estar ya casados sospecharía que se trata de una disculpa. Un truco tuyo para pasar noche en algún motel.
Frank Meredith sonrió, aunque no tan divertido. Cerró el capó del auto retornando frente al volante. Junto a Gladys.
—Eres muy graciosa. Pronto oscurecerá, ¿sabes? Y no hay ningún motel en las proximidades. Faltan muchas millas para Bakersfield.
—Tuya fue la idea de visitar el Sequoia Park.
—Comprendo. Soy el culpable.
—¿Vamos a discutir, Frank? —rió nuevamente Gladys—, Sería nuestra primera disputa de casados. ¡La primera en dos semanas! ¡Dos semanas de matrimonio sin enfadarnos!
Meredith sonrió ahora más abiertamente.
Accionó la llave de contacto.
—¡Bien...! Mi chapuza ha dado resultado. Al menos de momento. Dudo que lleguemos a Bakersfield, pero tal vez encontremos un taller en carretera.
—Confiaba en ti, Frank. Eres un manitas.
Meredith entornó los ojos.
Fijos en su esposa.
Gladys había cumplido recientemente los veinte años de edad. Rostro de un óvalo casi perfecto, con acariciadores ojos oscuros, nariz pequeña y labios gordezuelos. Cuello esbelto, ceñido por mechones sedosos y negros de una larga cabellera. Un frágil cuello que entroncaba con un cuerpo de armoniosas y seductoras curvas. Luciendo un juvenil vestido en talle bajo y canesú de volantes. Muy favorecedor. Muy cortito. Mostrando con generosidad los muslos enfundados en finos pantys.
Y Frank Meredith alargó los brazos hacia la joven.
Besándola en los labios.
Apasionadamente.
—Frank..., Frank... —susurró la muchacha correspondiendo a las caricias—. Sí eres un perfecto manitas...
Fue un extraño ruido en el motor lo que hizo separarse a Meredith. Tomó el volante iniciando la marcha del vehículo. El ruido pareció apagarse.
—No llegaremos a Bakersfield... Ni tan siquiera al primer surtidor de gasolina.
—Tranquilo, Frank. No te inquietes por mí. No me importaría pasar 1a noche en el interior del auto.

Meredith no hizo comentario alguno.
No le agradaba aquella posibilidad anunciada por Gladys. Se encontraba en una carretera poco frecuentada. Había tomado el desvío de una comarcal para reducir el trayecto; pero ahora lamentaba su decisión.
No era la primera vez que grupos salvajes, melenudos en potentes motocicletas, sembraban el terror en desérticas carreteras.
Y Frank Meredith era un pesimista.
Siempre pensando en lo peor.
Incluso no acababa de creer en su buena estrella con el matrimonio con Gladys. El, un simple químico de la empresa, unido en matrimonio con una de las herederas del imperio Laboratorios Holm. En un matrimonio por amor. Quería apasionadamente a Gladys y era correspondido.
Demasiada felicidad.
Así opinaba la pesimista mente de Meredith.
—¡Eh, Frank...! ¡Mira allí...! Tenemos un pueblo a cinco millas!
Meredith también había descubierto el cartel indicador. A la derecha de la carretera. Anunciando la localidad y la distancia.
—Wardsville... No me resulta familiar. Algún villorrio olvidado de la mano de Dios.
—¿Y qué importa? Sólo son cinco millas, Frank. Y con la posibilidad de que se pueda arreglar el auto en un taller.
—Sí, tienes razón, imposible llegar hasta Bakersville.
Frank Meredith desvió el volante hacia la derecha.
Adentrándose por la bifurcación.
Una carretera estrecha, aunque de perfecto asfalto. Escoltada por gruesos árboles de frondosas ramas. Una carretera pródiga en pronunciadas curvas.
—No te enfades, Frank; pero vas a tener que cambiar mucho.
—¿Por qué dices eso?
—He permitido que programaras nuestro viaje de bodas. Nueva York y las cataratas del Niágara. Y regreso a California con breve detención en Las Vegas.
—Regreso a California, pero no a San Francisco. A Los Angeles. También quería conocer Hollywood —sonrió Meredith—. Y ahora hemos visitado el Sequoia Park.
—En un coche alquilado. Un Mercury. Un Bobcat del setenta y siete. Hubiera sido mejor comprar un coche nuevo.
Frank Meredith dirigió una incrédula mirada a la muchacha.
—¿Comprar un auto nuevo? ¿Por un simple desplazamiento? Tenemos los pasajes para San Francisco y...
—Tonterías. Un auto siempre es una buena inversión. Lo dejaríamos en nuestra sucursal de Los Angeles. Somos ricos, Frank. Tú también lo

eres ahora.
—Yo tengo un sueldo en Laboratorios Holm de San Francisco. Un buen sueldo, pero no soy rico. Eso queda para mi encantadora esposa.
Gladys rió divertida.
—Te haré cambiar, Frank. Por el momento estoy cediendo. Yo había soñado muchas veces con mi viaje de bodas. Italia, Francia, España...
—Tampoco lo hemos pasado tan mal, Gladys. Debes comprenderme. Tengo que guardar las apariencias. Al menos de momento. No sería correcto patearme la fortuna de los Horn en cuatro días.
La joven volvió a reír.
—No lo hemos pasado mal, Frank. Todo lo contrario. Y sospecho que nuestra vida va a ser una eterna luna de miel. Soy la mujer más...
Gladys enmudeció.
Parpadeó repetidamente.
Sorprendida por el súbito encapotamiento del cielo.
Fue como si las sombras de la noche tendieran al unísono su negro manto.
Frank Meredith, dado que los árboles de la cuneta dificultaban aún más la visibilidad, encendió los faros del auto.
—Se avecina una tormenta.
—¿Cómo..., cómo puede haber oscurecido así de repente? —susurró Gladys—. En la carretera, el sol se ocultaba tras el horizonte. Un sol aún rojizo y luminoso. Y ahora, de súbito...
—No tiene nada de extraño, Gladys. Tenemos encima una tormenta. Espero que nos permita llegar a... a...
Fue al salir de una de las curvas de la espiral carretera. El asfalto se ofreció ahora longitudinal. Ya sin apenas árboles en la cuneta.
De ahí que resultara visible, el cementerio.
Un cementerio sobre una extensa planicie. Sin muralla de cierre o división alguna. Sólo una macabra sucesión de tumbas, mausoleos, nichos... Sí se alzaban Cipreses. Altos Cipreses que destacaban como gigantescas sombras fantasmagóricas.
Meredith forzó una sonrisa.
—Buen recibimiento... El cementerio a la entrada de la ciudad. Tiene gracia.
—No lo encuentro divertido, Frank.
Algunas de las tumbas casi lindantes con la cuneta. A menos de cinco yardas. Y fue al aproximarse al cementerio, en el momento en que el Mercury quedó paralelo con la primera de las tumbas, cuando se escuchó el ruido en el motor. Seguido de unas sacudidas que finalizaron con la detención del vehículo.
—¡Oh, no...!
—Sí, Gladys. Era de temer. Incluso me sorprende que el empalme realizado por mí soportara tanto. Ya te advertí que era una chapuza.

—Parar aquí... ¡Precisamente aquí! Frente a un cementerio.
Frank Meredith descendió del auto.
—Ya estamos en Wardsville, Gladys. Es cuestión de andar unos pocos minutos. Voy a coger la maleta. Afortunadamente seguiste mi consejo. Querías desplazarte al Sequoia Park cargada de equipaje. Una pequeña maleta es fácil de llevar.
Gladys también abandonó el Mercury.
Instintivamente cruzó los brazos sobre el pecho. Con las manos a la altura de la garganta. Presa de un escalofrío. Soplaba una gélida brisa que jugueteó con los cabellos femeninos.
Una brisa que...
Gladys parpadeó.
Con la mirada fija en los altos Cipreses. En las coníferas y verdes ramas que no parecían acusar la brisa reinante. Permanecían inmóviles. Todos los Cipreses del cementerio. Ninguno de ellos era agitado por el viento. Ni en lo más mínimo.
—Frank...
—¿Sí, Gladys?
—Los... los Cipreses...
—Te impresionan, ¿no es cierto? Según la leyenda, el joven Cipariso vagaba llorando
desconsolado por la isla de Cea. El dios Apolo, compadecido del dolor que atormentaba al muchacho, le convirtió en árbol. De Cipariso parece ser que proviene el nombre de ciprés.
Es el árbol símbolo del dolor y de la desesperación.
—No..., no se mueven, Frank... Los cipreses no se mueven... Ninguno. El viento no mueve ninguna de sus ramas...
Meredith empequeñeció los ojos.
Percatándose del fenómeno.
—Sí..., es extraño...
—¿Extraño? Mira los árboles de la carretera —señaló Gladys, extendiendo el brazo derecho—. ¡Azotados por el viento! Los Cipreses a! descubierto, en la planicie, deberían acusar más visiblemente el viento.
—Depende. Tal vez el viento sople en otra dirección —respondió Meredith, no muy convencido.
—Nosotros sí acusamos la brisa, Frank.
—Estamos en la carretera. Puede que en la explanada del cementerio... No sé... ¿Qué importancia tiene? Olvídalo. Y salgamos de aquí. Te has dejado impresionar por todas esas tumbas.
Gladys esbozó una sonrisa.
Muy forzada.
—Sí... Creo que tienes razón.
Comenzaron a caminar.

A la izquierda de la carretera quedaba el cementerio. Una sucesión de tumbas casi lindantes en su primer tramo con la cuneta. Más al fondo los nichos. Formando siniestras torretas. Y algún que otro panteón de níveo mármol.

Gladys se había aferrado al brazo de su marido. Caminando a grandes zancadas. Deseosa de dejar atrás el cementerio.

Un respingo sacudió a la muchacha.

Una sacudida en el cuerpo femenino que alarmó a Meredith.

—¿Qué te ocurre, Gladys?

La palidez de la azucena se había apoderado de las facciones de Gladys. Balbuceó. Una y otra vez. Incapaz de articular palabra.

Había ladeado la cabeza.

Hacia el cementerio.

—No... Nada...

—¿Te encuentras bien?

Gladys asintió.

Con un movimiento de cabeza.

No se atrevió a confesar a Meredith lo que había oído. No quería que la considerara loca ni como a una niña asustadiza. Había sido fruto de su imaginación. No podía ser cierto. Nadie había pronunciado su nombre.

Era absurdo.

El cementerio, los Cipreses...

Sí.

Aquello había influido.

Y fue al final de la explanada, dejando atrás ya las últimas tumbas, cuando Frank Meredith acusó de nuevo el temblor en el cuerpo femenino. Un estremecimiento que pareció contagiar a Meredith. Como si quedaran envueltos por un helado e invisible halo maligno.

Gladys incrementó sus zancadas.

Ahora no ladeó la cabeza, aunque escuchaba la voz. Perfectamente audible. Una voz ronca, gutural... Como procedente de la más tenebrosa de las cavernas. Una voz que, en lastimera llamada, pronunciaba una y otra vez el nombre de Gladys.

CAPITULO II

Wardsville resultó ser una localidad mucho más importante de lo que imaginaron en un principio. La macabra impresión de ver un cementerio al pie de carretera, sin muralla ni cierre alguno, quedó compensada al adentrarse por la Geer Avenue de Wardsville. La principal vía de la ciudad. El inicio de la noche coincidió con la hora clave para la diversión. Los establecimientos públicos, cinemas, snacks y clubs se encontraban muy concurridos.

Los Meredith consiguieron un taxi casi a la entrada de Wardsville. El vehículo les condujo hasta la Geer Avenue. Sin duda el centro de la ciudad. Al menos allí se emplazaban los más modernos e importantes edificios junto con los puntos de recreo y diversión.

El taxi les llevó al Madison Hotel.

Y allí quedaron instalados.

Frank Meredith abrió el ventanal de la habitación. Comunicante con la luminosa Geer Avenue. Respiró con fuerza a la vez que estiraba los brazos:

—No está nada mal… Según el taxista, quitando la Geer Avenue, Wardsville es una ciudad muerta.

—No menciones esa palabra, Frank.

Meredith sonrió.

Giró adentrándose en la habitación.

Acudió junto a Gladys. La abrazó con fuerza besándola en los labios. La retuvo unos instantes contra sí.

—Gladys…

—No me lo digas, Frank. Lo sé. Soy una chiquilla mimada. Una niña que se asusta al pasar delante de…

Meredith la interrumpió con un nuevo beso.

—Te voy a confesar algo, Gladys. También yo quedé impresionado por ese cementerio.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente.

—Entonces… ¿también tú has escuchado la voz?

Meredith arqueó las cejas.

Fijando la mirada en Gladys.

—¿La voz? ¿A qué te refieres?

—La voz en el cementerio… Esa voz que pronunciaba mi…

Gladys enmudeció. Percatándose de la mueca que se iba reflejando en el rostro de Meredith. Se abrazó a él riendo nerviosamente. Y Meredith acarició una y otra vez los cabellos femeninos. Abarcó entre sus manos el rostro de la joven. Besándola con cariño y dulzura.

—Olvida todo eso, Gladys. Hemos realizado el trayecto desde Sequoia Park sin detenernos hasta que el coche comenzó a presentarnos problemas. El sol sobre el asfalto, la monotonía… Eso puede originar alucinaciones. Y en tu caso una percepción auditiva falsa, incluso el viento. El ulular entre las ramas ocasiona extraños sonidos
similares a voces humanas.
—¿El viento que no mueve las ramas?
—Gladys, por favor…
—¡Era una broma, Frank! —rió la joven forzadamente—. Lo olvidaré todo. Ya basta de tonterías. ¿Cenamos en el hotel?
—Lo que tú digas.
—Mejor en uno de los restaurantes de la Geer Avenue. Así conoceremos un poco la ciudad y despejaré mi atolondrada cabeza.
Meredith asintió.
Con animosa sonrisa.
—Me parece una magnífica idea. Según el taxista poco hay que ver en Wardsville. Nos limitaremos a la zona de Geer Avenue. Cena y baile en un club, ¿de acuerdo?
—Me cambiaré de vestido en unos minutos.
—Te espero en recepción. Preguntaré por un buen restaurante y tal vez tenga noticias de nuestro auto.
—Eres muy optimista.
Frank Meredith se encaminó hacia la puerta.
Sin dejar de sonreír.
—No se trata de optimismo, Gladys. Le he dado una buena propina al recepcionista. Prometió ir personalmente en busca del encargado del taller más cercano. No me sorprendería que haya sido remolcado. Si te demoras más de quince minutos, me encontrarás en el bar de recepción, ¿de acuerdo?
—Dame diez minutos.
Frank Meredith abandonó la estancia.
Y paulatinamente la sonrisa se fue borrando del rostro de Gladys. No conseguía olvidar lo acontecido en el cementerio. La voz. Aquella tenebrosa voz pronunciando su nombre… No había sido una percepción auditiva falsa. Fue real. Estaba segura de ello.
Aunque…
Gladys sacudió la cabeza.
Esforzándose por alejar de su mente aquellos pensamientos.
Lo ocurrido no podía ser real. Había sufrido una alucinación. Simplemente eso. Una alucinación. Una alucinación…
Gladys abrió la maleta depositada sobre la mesa.
Sin dejar de repetir mentalmente que había sido víctima de una alucinación.
Fue colocando los vestidos en el armario de doble hoja que ocupaba

casi la totalidad de una de las paredes del dormitorio. Sólo dos vestidos, un par de faldas y un juego de blusas. También acomodó el traje de Meredith.
La muchacha extendió el vestido a poner sobre el lecho.
Un modelo de fiesta, en punto crepe, falda fruncida y adornado con cinturón plateado.
Gladys se despojó del vestido.
Quedó con un reducido dos piezas. Sujetador y slip en suave tejido poliamida. Hizo deslizar los pantys por los esbeltos muslos.
Ya se había descalzado.
Se encaminó hacia el armario para coger un nuevo juego de medias a tono con el vestido
de fiesta.
Se detuvo.
Instintivamente, en un movimiento maquinal, cruzó los brazos sobre el pecho. Ocultando la semidesnudez de sus senos.
Palideció.
Conteniendo la respiración.
Alguien la estaba observando. Podía percibirlo. Un sexto sentido parecía advertirla de ello. Unos ojos. Unos ojos invisibles. Una intensa mirada. Lasciva. Una mirada que recorría una y otra vez el cuerpo femenino.
Gladys giró.
Atemorizada.
Dirigiendo rápidas miradas a izquierda y derecha. Sus aterrados ojos trazaron una semicircular mirada por la habitación.
Estaba sola.
No había nadie en la estancia, sin embargo, aquella sensación continuó latente en Gladys. Originando un escalofrío por su piel. Estremeciéndola de pies a cabeza.
Tomó el juego de medias retornando junto al lecho. Se las ajustó. Precipitadamente. Con el corazón latiendo con fuerza en el pecho. Se calzó para seguidamente tender sus manos hacia el vestido.
Giró hacia el espejo del armario.
El armario era de doble hoja. Una de ellas, la que no quedaba oculta, con un longitudinal espejo.
La joven compuso el vestido con nerviosos ademanes.
Reflejándose en el espejo.
Súbitamente sus manos quedaron inmóviles. Como paralizadas. Agrandó los ojos. Con una mueca de terror e incredulidad desencajando el rostro femenino.
La hoja del armario, la que permanecía oculta tras la lámina del espejo, se estaba deslizando. Muy lentamente. Asomando pulgada a pulgada. Cerrando el mueble. Como si una mano invisible fuera

empujando la puerta.
De nuevo Gladys contuvo la respiración.
Alucinada.
Contemplando cómo el armario ya se había cerrado por completo. Quedando tan sólo un leve resquicio. Y de allí brotó el tenue jadear.
Una respiración entrecortada.
Ronca.
Gutural...
Gladys sacudió la cabeza. Aquello era una pesadilla. Tenía que ser una pesadilla. Una alucinación. Reaccionó. Alargó la diestra para abrir el armario. Empujó la hoja que instantes antes se deslizara sola.
Los vestidos se movían en las perchas.
Como si danzaran.
Y de entre los vestidos surgió la engarfiada mano. Hacia el cuello de Gladys. Como una zarpa. Una siniestra garra que tiró de la muchacha. Hacia el interior del armario. Una indescriptible mueca deformó el rostro de Gladys. Como si penetrara en la boca del Averno.

* * *

Frank Meredith contempló por enésima vez la esfera de su reloj de pulsera. Los diez minutos prometidos por Gladys ya se habían transformado en más de treinta de espera.
Abonó el segundo gin-tonic descendiendo del taburete. Encendió un cigarrillo encaminando sus pasos hacia la recepción del hotel.
—Déme comunicación con la habitación 305.
El recepcionista arqueó las cejas.
Desvió la mirada hacia el casillero retornándola seguidamente sobre Frank Meredith.
—No hay nadie en la habitación 305, señor. La llave está aquí.
Meredith también había fijado la mirada en el casillero. La llave número 305, con su correspondiente y llamativa placa, figuraba en el casillero.
—Pero... mi esposa...
—La señora Meredith bajó hace ya más de quince minutos. Al poco tiempo de informarme usted que estaría en el bar. Así se lo comuniqué a la señora.
Frank Meredith parpadeó.
—No me he movido del bar y...
—La señora Meredith solicitó un taxi. Primero me preguntó si el auto continuaba en la carretera o si ya había sido remolcado hasta el taller. Fue al responderle que todavía seguía allí, cuando solicitó el taxi. Parece ser que había olvidado algo de valor en el interior del auto.
—Pero... no puede haber ido sola... sin avisarme...
El recepcionista esbozó una sonrisa.

—Tal vez deseaba ocultarse su descuido. Por temor a que se enfadara con ella. Las mujeres actúan así.
—Llame a un taxi.
—Muy bien, señor.
El individuo tecleó en el dial de la centralita telefónica. Atrapó el micro, pero de inmediato volvió a depositarlo en el soporte.
—Ninguna disponible, señor. No contamos con mucho servicio en Wardsville. Y a estas horas de la noche aún resulta más difícil conseguirlo. Es la hora del comienzo de espectáculos y...
—¡Siga insistiendo! —interrumpió Meredith, con vehemencia—. ¡Necesito cuanto antes un taxi!
—¿Ocurre algo, señor?
Frank Meredith mesó nerviosamente los cabellos.
—Disculpe..., mi... mi esposa no se encuentra bien... De ahí mi preocupación por ella.
El recepcionista volvió a sonreír. No resultaba una sonrisa agradable. Era una mueca hipócrita. Reflejada en un rostro blanquecino. Un rostro extremadamente delgado y enfermizo. Las manos del individuo también blancas.
—Comprendo, señor; pero le ruego no se inquiete. No demorará mucho su regreso.
—Ya debería estar aquí. Es de suponer que utilizaría el mismo taxi.
—Cierto... Apenas son cinco minutos hasta Grodin Road. Allí es donde dejaron el auto. Puede que su esposa no encontrara... Espere —el recepcionista llevó su diestra al bolsillo de la chaqueta. Ofreció unas llaves a Meredith—. Puede disponer de mi auto. Es el Pontiac rojo estacionado frente al hotel.
Frank Meredith atrapó las llaves. Sin apenas dar las gracias al individuo, salió precipitadamente del hotel. Descubrió el Pontiac rojo. Minutos más tarde circulaba por la Geer Avenue. Adornada con multicolores luminosos de neón que rivalizaban entre sí.
El bullicio y derroche de luz de la Geer Avenue contrastaba con la oscuridad, silencio y soledad de las restantes calles de Wardsville. Deficientemente iluminadas. Con muy pocos establecimientos abiertos al público. El tráfico reducido. Sin apenas peatones.
Meredith no dudó en su recorrido.
Dejando atrás la Geer Avenue, desviarse a la izquierda. Bordear el seto central de una plaza y luego una calle que se inicia junto a un grupo escolar. Al final de ésta, y después de sortear un pequeño jardín, empezaba la carretera que pasaba por el cementerio.
Parte de aquel recorrido lo habían efectuado a pie.
De ahí que quedara grabado en la mente de Frank Meredith.
Ciertamente, y tal como comentó el recepcionista del hotel, poco más de cinco minutos en auto. Los faros del Pontiac enfocaron las primeras

tumbas del cementerio.
Y Meredith sintió frío.
Un extraño y súbito frío que le llegó hasta la médula.
Divisó el Mercury. Junto a la cuneta opuesta al cementerio. Tal como lo había dejado.
Frank Meredith detuvo el vehículo paralelamente al Mercury. Descendió con rapidez.
—¡Gladys...! ¡Gladys...!
Su voz se extendió como un eco. Quebrando el silencio reinante en la zona. Un silencio únicamente turbado por el ulular del viento entre los árboles. Ahora sí los Cipreses eran acariciados por la prisa nocturna.
—¡Gladys...!
Ninguna respuesta a la voz de Meredith.
Sólo aquel siniestro y tenebroso silbar del viento.
Meredith no consiguió abrir la portezuela del Mercury. Recordó que había entregado las llaves al recepcionista para que éste las pasara al encargado del taller. Sin duda el recepcionista las había dado a Gladys; pero... ¿Dónde estaba Gladys?
Hizo ademán de introducirse nuevamente en el pontiac.
Regresaría al hotel.
Tal vez Gladys...
Frank Meredith quedó inmóvil. Con la diestra en la portezuela del auto. Sin terminar de abrirla. Contemplando estupefacto la figura.
A unas veinte yardas.
Una sombra. Una fantasmal figura envuelta en la oscuridad de la noche. Junto a uno de los Cipreses.
—¡Gladys!
La voz de Meredith hizo desvanecer la sombra.
Desapareció.
Frank Meredith corrió hacia allí. Adentrándose en el cementerio. Esquivando las tumbas. Tropezó unas yardas antes de llegar al ciprés. Algo le había hecho trastabillar y caer.
La oscuridad de la noche era total. Sin luna ni estrellas en el negro manto del cielo. Una oscuridad incrementada por los altos Cipreses.
Meredith extrajo el encendedor del bolsillo.
Accionó la llama.
Y sus ojos descubrieron horrorizados a Gladys. Allí estaba. A su lado. Sobre la fría lápida de una de las tumbas. El rostro de Gladys desencajado en alucinante mueca de terror. Los ojos desorbitados. La lengua asomando por entre los labios...
Las ropas desgarradas. A jirones. El vestido, el sujetador, el slip, las finas medias de nylon...
Frank Meredith fue incapaz de reaccionar.
Quedó rígido.

Contemplando el cadáver de su esposa.
No se percató de que su espalda giraba lentamente la losa de una de las tumbas.

CAPITULO III

Era como contemplar una diosa escapada del Olimpo.

Rostro de extraordinaria belleza. Unos ojos luminosos. Verdes. Pómulos gatunos. Labios carnosos seductoramente húmedos. Lucía un juvenil vestido angorina de escote redondo. Modelando la perfección de su cuerpo. Unos senos erectos, cintura cimbreante y caderas de suave curva.

Acomodada en el sillón.

Las piernas graciosamente cruzadas. La falda muy por encima de la rodilla. Podía permitirse ese espectáculo. Sus muslos eran esbeltos, de aterciopelada piel de intenso bronceado.

—¿Me está escuchando, señor Bruckman?

Adam Bruckman desvió la mirada de las piernas femeninas.

Sonrió.

—Por supuesto, señorita Holm. ¿Me permite que la llame Janice? Incluso podemos tutearnos. Odio el protocolo. Máxime entre gente joven.

Un gracioso mohín se reflejó en el rostro de Janice Holm.

—Eso me temo. Es usted demasiado joven. Esperaba encontrar a un hombre de más edad.

—El mes próximo cumpliré los treinta. Dentro de poco seguramente peinaré la primera cana.

Janice entornó sus verdes ojos.

Fijos en Adam Bruckman.

Y su mohín fue reemplazado por una mueca muy significativa. Se había llevado una gran desilusión con el tal Bruckman. Esperaba encontrar a un hombre serio, maduro, responsable, meticuloso... Un hombre que correspondiera a la imagen del mejor detective de San Francisco. Al menos así era catalogado Adam Bruckman. Como el mejor investigador privado. Lo demostró en el caso Salkow. Donde fracasó la policía y el FBI, triunfó Bruckman.

Un individuo joven. Ciertamente frisando en los treinta años de edad. Rostro de correctas facciones, con un sempiterno brillo burlón en los ojos grises. Pelo abundante, con mechones asomando hacia la despejada frente. Vestimenta sport. Chaquetilla de napa con cuello mouton, polo a juego y pantalón pana.

—Sospecho que ha tomado a broma mi visita.

—¡Por favor, Janice...! No digas eso. Simplemente estoy sorprendido. Aturdido más bien. Ofuscado por tu belleza.

La muchacha respiró con fuerza.

Sus erguidos senos tensaron al máximo la tela del vestido.

Provocativamente.
Haciendo que los ojos de Bruckman se tornaran vidriosos.
—Lamento haber perdido el tiempo —dijo Janice, secamente—. Y empiezo a dudar de su capacidad. Se comporta como el clásico detective de película barata. Tratando de
conquistar a la cliente.
—Y que al final resulta ser la malvada de la película.
Las manos de Janice se cerraron con fuerza sobre el bolso de piel.
Se incorporó del sillón.
—Llegué hasta aquí por consejo de Samuel Logan, redactor de la Myers Press. El me dijo que usted podía ayudarme.
—¡Ah...! El bueno de Sam. Colaboró conmigo en el caso Salkow. ¿Conoces el caso de Gary Salkow? Un joven desaparecido. Se descubrió que había sido secuestrado. Su padre, el rey de las salchichas californianas, dispuesto a pagar el fabuloso rescate. Los secuestradores reciben el dinero, pero no sueltan al infortunado Gary Salkow. La policía investiga. El Federal Bureau of Investigation. Sin rastro de Salkow. Es muy difícil encontrar a quien gusta estar escondido. Yo conseguí localizar a Gary Salkow. En Honolulú. Gastando alegremente el dinero del rescate.
—¿Insinúa que mi hermana Gladys...?
—Tranquila, Janice. No he insinuado nada. No seas suspicaz. Toma asiento, por favor...
Janice dudó.
Terminó por acomodarse nuevamente en el sillón. Frente a la mesa escritorio tras la cual se encontraba Adam Bruckman.
—¿Has denunciado la desaparición a la policía, Janice?
—Sí.
—¿Qué te han dicho?
—Pues... no se han mostrado muy preocupados. El hecho de que mi hermana esté disfrutando de su luna de miel parece restar gravedad al caso. Nada significa que lleve cuatro días sin ponerse en contacto conmigo. ¡Cuatro días sin noticia alguna de Gladys!
Bruckman sonrió.
—¿Qué edad tiene tu hermana?
—Veinte años.
—¿Veinte años? —parpadeó Adam Bruckman—, ¿Eres tú la mayor?
—Yo tengo veintidós años. Y en efecto, soy la mayor. Sospecho cuál iba a ser su hipótesis, Bruckman. Gladys Holm sabe cuidarse por sí sola sin tener que recurrir a la hermanita. Se equivoca. Por completo. Usted y los policías. Mi hermana y Frank Meredith se unieron en matrimonio hace dos semanas. Se desplazaron a Nueva York. Y apenas instalados en el hotel de Manhattan, Gladys me telefoneó. Y después desde las cataratas del Niágara, al salir de Nueva York, a su llegada a

Los Angeles… Casi todos los días recibía una llamada de Gladys. Estamos muy unidas.
—Cuatro días es poco tiempo, Janice. No es motivo de alarma. Puede que hayan improvisado un viaje. Algo fuera de lo planeado. Tal vez quieran una soledad completa. Aislados en una romántica cabaña perdida en las montañas. En la luna de miel se cometen muchas tonterías. A la locura de contraer matrimonio siguen otras muchas más.
—Frank Meredith es uno de los químicos de Laboratorios Holm. Tenía que haberse incorporado al trabajo hace dos días.
Adam Bruckman volvió a sonreír.
—Ahora está casado con una de las herederas. Puede permitirse ciertas concesiones.
—Vuelve a equivocarse, Bruckman. Meredith no admite favoritismos. Es un hombre
ejemplar. Amante de su trabajo y de sus obligaciones. En la última llamada de Gladys, desde el hotel de Los Angeles, me informó que iban a visitar el Sequoia Park y que posiblemente pasarían noche en Bakersfield o cualquier otro lugar de la ruta. Me aseguró el día de llegada a San Francisco. El fijado ya de antemano. Tenían los pasajes. Un vuelo Los Angeles-San Francisco. Anteayer era el día de llegada. Nadie ocupó las plazas en el avión y no fueron anuladas.
—Sigo opinando que no existe motivo de alarma, Janice. Cuatro días, para una pareja de recién casados, pasan desapercibidos. Tal vez tu hermana haya olvidado el ponerse en contacto contigo y…
—Está hablando como un policía —interrumpió la muchacha—. Y no quiero seguir perdiendo más el tiempo. Buscaré a otro detective privado. San Francisco está plagado de ellos.
—Yo soy el mejor, Janice.
—Empiezo a dudarlo. Al menos no me parece inteligente. Ningún hombre inteligente rechaza veinticinco mil dólares. Buenos días.
—¡Eh, un momento! —Bruckman saltó del sillón giratorio. Bordeó la mesa para cortar el paso de Janice hacia la puerta—, ¿Has dicho veinticinco mil dólares?
—Ahá.
—¿El Consejo de Administración está dispuesto a…?
—Yo los entrego. Laboratorios Holm es ajeno a esos veinticinco mil dólares. Ryan Grodin, el administrador y abogado de la familia desde la muerte de mis padres, también aconseja esperar un par de días más. Sólo que yo no estoy dispuesta a esperar más. Conozco bien a Gladys. Y sé que algo grave le ha ocurrido. A ella y a Frank Meredith. Nunca dejaría pasar cuatro días sin comunicarse conmigo. Si tú no aceptas el caso, encontraré a una legión de detectives dispuestos a ello.
Adam Bruckman sonrió al percatarse del instintivo tutear de la

muchacha.
La tomó de! brazo conduciéndola hacia el sillón.
—De acuerdo, Janice. Acepto. No quiero que ningún colega se lleve fácilmente esos veinticinco mil dólares.
—Ruego a Dios que sea en efecto fácil. Estoy muy preocupada.
—Antes de veinticuatro horas te llevaré a Gladys y a Frank de las orejas.
Los gordezuelos labios de Janice Holm esbozaron por primera vez una sonrisa.
Abrió el bolso de mano.
—Te extenderé un cheque para los primeros gastos. ¿Cinco mil dólares?
—Es una buena cantidad.
—Cinco mil dólares a descontar de los veinticinco mil —advirtió Janice, sin abandonar la sonrisa de su bello rostro—. Veinticinco mil dólares es el total.
—Por supuesto. Dame algún dato de Gladys. Me refiero a tu último contacto con ella, el hotel donde se hospedaban y demás.
Janice, junto con el cheque, dejó sobre la mesa escritorio un par de fotografías.
—Ahí tienes a Gladys y Frank. Fotografías de la boda. Gladys me telefoneó por última vez hace cuatro días. Desde el Sayre Hotel de Los Angeles. Fue cuando me informó que iban a desplazarse hasta el Sequoia Park. Volverían a telefonearme desde Los Angeles.
—Y ya no regresaron al Sayre Hotel.
—No. La habitación sigue a nombre de ellos. Con su equipaje. Con todas sus cosas allí.
Adam Bruckman empequeñeció los ojos.
—¿Sabe la policía eso?
—Sí, pero el hecho de que Gladys se llevara una maleta con ropa, hace restar importancia a la policía. Tampoco hay noticias de accidente alguno. Lo han investigado a fondo. Ningún accidente en que aparezcan involucrados.
—Dame tu teléfono. Esta misma mañana salgo para Los Angeles. Solicitaré plaza en el primer vuelo. Te llamaré ante la primera novedad.
—Yo también voy a desplazarme a Los Angeles. Partiré mañana. He hecho reserva en el Sayre Hotel. Quiero estar en Los Angeles cuando aparezca Gladys. No obstante aquí tienes mi domicilio y teléfono.
Adam Bruckman retiró el cheque, las fotografías y la tarjeta proporcionada por la joven.
—Puede que te ahorre el viaje.
—Gracias por tu optimismo, Adam. Adiós...
Bruckman acompañó a la muchacha hasta la puerta del despacho

despidiéndola con animosa sonrisa.
—Todo saldrá bien, Janice. Hasta pronto.
Adam Bruckman retornó tras la mesa escritorio.
Aún no había terminado de sentarse, cuando se abrió bruscamente la puerta de! despacho.
—¡Adam…!
Bruckman sonrió.
—¿Has acompañado a la señorita Holm hasta la salida?
La mujer que penetró en el despacho hizo caso omiso a la pregunta. Se precipitó sobre la mesa tomando el cheque entre sus manos. Comenzó a besarlo una y otra vez.
—¡Oh, Adam…! ¡Ha sido horrible!
—¿Horrible dices, Mariam?
—He escuchado toda la conversación por el interfono. ¡Dios mío…! ¡Burlarte de Janice Holm, despreciar el caso…! Cuando mencionó los veinticinco mil dólares, sentí temblar ¡as piernas. Has estado cerca de perder el caso. ¡Perder veinticinco mil dólares!
—No me gusta timar a la gente. Y me consta que no hay tal desaparición. Gladys y Frank estarán muy acaramelados en cualquier bello rincón de la costa californiana. Ajenos por completo a todo. ¡Ah, el amor…!
Mariam arrojó el cheque sobre la mesa.
Colocó los brazos en jarras.
Furiosa.
—¡Me debes dos meses de sueldo, Adam! ¡Y eso sí es timar a la gente! No…, no te comprendo… ¿Cómo puedes permitirte el lujo de menospreciar a una mujer como Janice Holm? ¡Está forrada de dólares! Si encuentra preocupante la ausencia de su hermana, ¿quién eres tú para llevarle la contraria? Si liegas a perder el caso, te hubiera arrancado los ojos.
—¿Sabes una cosa, Mariam? Cuando te enfadas me pareces mucho más seductora.
—¡Y un cuerno! No vas a engatusarme más, Adam. Quiero mis dos mensualidades. Ahora puedes pagarme.
La cínica mirada de Bruckman envolvió a la mujer.
Mariam Scott contaba veinticuatro años de edad. De atractivo rostro y cuerpo escultural. De exuberantes senos y pronunciadas caderas. La secretaria ideal de todo ejecutivo con clase. Mariam, bella y tentadora, resultaba también una buena secretaria. Inteligente y capacitada. Todo un hallazgo.
—Por supuesto que pienso pagarte, Mariam. Dos meses, ¿no? Y añadiré una gratificación. Has realizado una magnífica labor con los informes para la Lancaster Company. Me enviaron una felicitación por el eficaz trabajo.

—¿Cuándo, Adam? ¿Cuándo piensas pagarme? No empieces con tu labia. Te conozco. No voy a dejarme engatusar como otras veces. No quiero...
Adam Bruckman había alargado su diestra.
Atrapando la muñeca izquierda de Mariam.
Tiró de ella.
La mujer no controló un pequeño grito al caer en brazos de Bruckman. Ya no volvió a gritar. Sus labios quedaron aprisionados por los del detective. En voraz beso. La mano derecha de Bruckman fue hacia los turgentes senos de Mariam. Se introdujo bajo el suéter. En contacto directo con los prominentes senos. Mariam utilizaba sujetador en contadas ocasiones.
—Adam...
Bruckman volvió a besarla en la boca, en las mejillas, en el cuello, mordisqueándola el lóbulo...
—¿Sí, nena?
—No conseguirás convencerme —jadeó la mujer, sensual—. Quiero mis dos mensualidades...
—Voy a ganar veinticinco mil dólares, Mariam. Es cuestión de horas. Un par de días como máximo. Puedes esperar ese corto plazo, ¿verdad?
La mujer se incorporó zafándose de los brazos de Bruckman. Se alisó el ceñido suéter. Marcando provocativamente los redondeados pezones bajo el tejido.
—Tienes ahí cinco mil dólares, Adam. No hay más que hacer efectivo el cheque y pagarme.
Bruckman encendió un cigarrillo.
Con cínica sonrisa.
—Estoy sin un centavo, Mariam.
—Sí, lo sé. ¡Oh, cielos...! Hace un año, cuando tuve la mala ocurrencia de solicitar la plaza de secretaria, eras el detective más popular de California. Y de seguro lo sigues siendo. Famoso... y sin un centavo en los bolsillos. Las Vegas, las apuestas de caballos, tus amiguitas... ¡y el seleccionar los casos!
—Indignos de mi categoría. Infidelidad matrimonial, conductas sospechosas... Eso no es para mí. Soy un profesional. Mariam. Incluso me remuerde la conciencia el haber aceptado un caso tan sencillo como el de Gladys Holm.
—Quiero mis dos mensualidades, Adam.
—A mi regreso de Los Angeles. Solucionado el caso. Necesito estos cinco mil, Mariam. Gastos de desplazamiento, estancia, investigación... Ya sabes. Pueden surgir complicaciones. No puedo ir con el dinero justo.
—No voy a dejarte solo. Iré contigo a Los Angeles. Al menos cuidaré

de que no derroches el dinero.
—Es preferible que…
—Ni una palabra más, Adam. Está decidido. Te acompaño o pagas de inmediato los dos meses atrasados.
Bruckman se encogió de hombros.
Con resignada mueca.
—*Okay*. Llama a la agencia. Dos plazas para el primer vuelo con destino a Los Angeles.
—Poco equipaje, ¿verdad, Adam? —sonrió la mujer—, ¿Un par de días?
—Tal vez nos quedamos una semana. Celebrando los veinticinco mil dólares.
Mariam rió en cantarina carcajada.
Ignorante de que no iba a regresar. Emprendía un viaje hacia la muerte. La más alucinante y horrorosa de las muertes esperaba a Mariam Scott.

CAPITULO IV

Adam Bruckman adquirió un auto en el *rent-a-car* del aeropuerto de Los Angeles. Un deportivo. Un Chevrolet «Corvette». Un aerodinámico coupé de dos puertas y dos plazas en color gris metalizado.
El trayecto hasta el centro de Los Angeles resultó difícil. Confundidos en una intensa y caótica riada de vehículos.
—Tiene gracia —sonrió Mariam, enderezando una de las medias—. El vuelo de San Francisco a Los Angeles en poco menos de una hora. Y aquí estamos ahora. Retenidos en una de las encrucijadas de la autopista.
Bruckman aprovechando el atasco, había encendido un cigarrillo.
Y también aprovechó el manipular de Mariam en las medias para acariciar uno de los muslos femeninos.
—Es sólo en este tramo de acceso. Los Angeles no hace honor a su nombre. Es una ciudad infernal. Un auténtico laberinto de carreteras, puentes y autopistas. Permanecí aquí durante un par de años. En mi época de periodista.
Mariam parpadeó.
—¿Periodista? ¿Has sido periodista?
—Tengo el título correspondiente, Mariam.
—¿Y te dedicas a pesquisa? ¿A husmear en la basura...? ¡No te comprendo, Adam! El periodismo es una profesión de prestigio. Detective privado es sinónimo de basurero. De buceador de estiércol.
Bruckman sonrió.
El Corvette ya había reemprendido la marcha.
—Hay agencias de investigación muy refinadas y de categoría, Mariam. Tú te fundamentas en mí. Yo soy un anarquista.
—Eres un ingenuo, Adam. Eso es lo que eres. Un ingenuo. ¿Recuerdas a Stella Prentiss? La viuda que lloró desconsolada sobre tu hombro. Sospechosa de haber envenenado a su marido. Investigaste y terminaste por descubrir al culpable. Tu cliente. El hermano de! difunto. El hombre que te contrató proporcionándote pruebas falsas contra la viuda. Y tú le enviaste a prisión, salvando de sospechas a la viuda y quedándote sin recibir un solo centavo.
Bruckman amplió la sonrisa.
Marcadamente cínica.
—Te equivocas. La viuda me pagó en especies.
—Eres..., eres un...
—Sigues enfadada conmigo, ¿eh, Mariam? Temerosa de no cobrar los atrasos.
—Cierto. No eres de confianza, Adam. Te dejas embaucar con

facilidad. Unos ojos bonitos, una sonrisa, unas lágrimas... y de inmediato te muestras excesivamente generoso. No sabes sacar jugo a la vida. Aprovecharte de las ocasiones. El caso Gary Salkow... ¡Cielos! Tenías que haber hecho chantaje a los Salkow. Y provocaste el escándalo. Gary Salkow detenido, su padre desacreditado...

—El caso me hizo famoso.

—¿De veras? ¿De qué sirve ser famoso con los bolsillos vacíos? Apuesto que también

fracasaste como periodista.

El auto ya se había adentrado en el centro de la ciudad. Incrementando las detenciones y stops.

—Era redactor jefe de una importante publicación semanal. Una publicación con difusión en todos los Estados Unidos. Hice un amplio *dossier* sobre determinado político. Denunciando su corrupción. Me dieron una buena paliza, pero no fue eso lo peor. Se me cerraron todas las puertas de periódicos, agencias y publicaciones. Nada con la firma de Adam Bruckman en letra impresa. Ni tan siquiera mi esquela.

Mariam respiró con fuerza.

Vestía un pullover en *jacquard langorod* a juego con una falda en drap ligero. Y una vez más sin sujetado. De ahí que su profundo suspirar fuera acompañado de un provocativo tensar en el tejido. Como si fuera a reventar. Incapaz de contener los prominentes senos femeninos.

—Lo dicho, Adam. Siempre serás un fracasado. Si ese *dossier* resultaba comprometedor para el político, mejor no publicarlo. Mejor comerciar con él. Venderlo al político en cuestión.

—Tú sí llegarás lejos, Mariam.

—Lo dudo. Al menos mientras siga trabajando para ti.

Adam Bruckman rió divertido.

—Me lo he preguntado en más de una ocasión... Un año conmigo, Mariam. ¿Cómo lo soportas?

—Debe ser mi instinto maternal.

Ahora rieron al unísono.

El auto circulaba ya por Wilshire Boulevard. En dirección a Figueroa Street. A poca distancia se situaba el Sayre Hotel. Minutos más tarde el Corvette quedaba estacionado en el parking del establecimiento.

Mariam se ladeó en el asiento con intención de recoger un pequeño neceser.

—No te precipites, Mariam. Puede que no pernoctemos aquí.

—¿Esperas solucionar el caso en lo que queda de tarde? Demasiado optimismo el tuyo, Adam.

Bruckman descendió del vehículo.

Imitado por la mujer.

—Todo lo contrario, Mariam. No espero solucionar en Los Angeles.

Gladys y Frank no se encuentran aquí. Hay que partir desde la zona del Sequoia Park. Aislados, incomunicados... o deseosos de prolongar voluntariamente la luna de miel.
—¿Por qué no un secuestro, Adam? Gladys y Janice son las dos únicas herederas de Laboratorios Holm. Una de las empresas de productos químicos más importante de California.
—Nadie ha pedido rescate. Y eso es lo primero que hace un secuestrador.
Habían penetrado en el Sayre Hotel.
Acudieron directamente al *hall* de recepción.
—Buenas tardes —saludó Bruckman, al atildado recepcionista—, Soy uno de los directivos de Laboratorios Holm. ¿Ha llegado ya la señorita Janice Holm?
—No, señor. Tiene reservada habitación para mañana.
—¿Alguna noticia sobre los Meredith?
—Ninguna, señor.
Adam Bruckman llevó su mano derecha al bolsillo interior de la chaqueta. Fue apartando billetes hasta reunir cincuenta dólares. Dirigió una significativa mirada al empleado del hotel.
—Estoy muy preocupado por los Meredith. Y sospecho que la policía no comparte mi inquietud. De ahí que haya decidido investigar por mi cuenta. Quiero hacer algunas preguntas. ¿Qué personal del hotel estuvo más al servicio de los Meredith?
El recepcionista esbozó una sonrisa.
—Yo mismo, señor. Tramité todos los deseos de los
Meredith. Sus visitas a la ciudad, entradas para el Music Center, reserva de mesa en The Tower...
—¿Podemos hablar en un lugar tranquilo?
—Ruego me esperen en el salón social. Me reuniré con ustedes en unos minutos. El tiempo de solicitar que me reemplacen.
Adam Bruckman se encaminó hacia el salón social de la planta baja. Llevando del brazo a Mariam. Se acomodaron en una apartada mesa.
—¿Ocurre algo, Adam? Te estás mostrando muy cauto. ¿Ya no consideras el caso sencillo?
—No sería la primera vez que, con sólo pronunciar lo de detective privado, se me cierran todas las puertas. Puede incluso que el personal del hotel tenga orden de guardar silencio a periodistas y curiosos. Es mejor hacerse pasar por directivo de Laboratorios Holms. Da más confianza.
—Un directivo generoso —añadió Mariam, dirigiendo una mirada a los billetes en mano de Bruckman—, ¿No es mucho cincuenta dólares?
—Tranquila. Si las respuestas del fulano no son del todo interesantes, le soltaré tan sólo un par de dólares. Ahí llega...
El recepcionista se aproximó con servil sonrisa.

—A su disposición, señor.
—Tome asiento. ¿Cuál es su nombre?
—Philip McColl, señor.
—Muy bien, McColl. Las visitas turísticas de los Meredith no me interesan; pero sí saber si habían entablado amistad con alguien. Me refiero a si salían acompañados de alguien o bien conversaban con...
—Eran recién casados —interrumpió Philip McColl, con leve sonrisa—. Y los recién casados no buscan compañía. Un matrimonio muy sociable, pero no intimaron con nadie. Iban siempre solos,
—¿Cómo fue la salida del hotel?
—El señor Meredith se mostró deseoso de visitar el Sequoia Park. Primeramente se interesó por el medio de transporte público, pero luego se decidió por alquilar un auto. Yo tramité la gestión. Se marcharon en un Mercury. Un Bobcat. Con equipaje muy reducido. La casi totalidad de sus pertenencias siguen en la habitación del hotel.
—Es de suponer que el auto no ha sido devuelto a la *rent-a-car.*
—Pues...
—Siga, McColl —dijo Bruckman, percatándose de la indecisión del individuo—. ¿Ha aparecido el auto?
—La policía me ha ordenado no comentar...
—Tranquilo, McColl. No habla con un periodista. Soy el primer interesado en que nada se divulgue de la familia Holm —Adam Bruckman jugueteó significativamente con los billetes—. Nadie conocerá su entrevista conmigo.
—El Mercury Bobcat fue entregado hace dos días. En Bakersfield. Se recibió una llamada telefónica en la delegación de la *rent-a-car* de Bakersfield informando que el auto se encontraba en determinada calle de la localidad.
—¿Quién hizo esa llamada?
—Se identificó como el señor Meredith. Dijo que ya no necesitaba el auto y que le resultaba imposible retornarlo a Los Ángeles. Seguidamente cortó la comunicación. La policía no conoció ese detalle hasta hoy. Al interrogar rutinariamente al encargado de la *rent-a-car.* Nada se había denunciado. El alquiler y depósito cobrado al señor Meredith cubría con creces el gasto. Incluso no presentó factura por la reparación.
—¿Qué reparación?
—Al Mercury le fue sustituida una pieza. Después de un servicio, todos los autos son revisados. Fue entonces cuando se descubrió el cambio. No recuerdo la pieza mencionada por el encargado de la *rent-a-car;* pero sin ninguna duda el trabajo efectuado y el recam-bio de la pieza fue abonado por el señor Meredith. Lógicamente la factura es presentada a la agencia de alquiler y ésta paga religiosamente; pero nada reclamó el señor Meredith. Ni tan siquiera mencionó el haber

enviado el auto a un taller.
Bruckman quedó unos instantes en silencio.
Pensativo.
—¿Recomendó algún hotel a los Meredith? ¿Algún punto concreto en su itinerario a recorrer?
—No. Tenían proyectado pernoctar una sola noche fuera de Los Angeles. Al menos eso me dijeron. Salieron muy temprano de Los Angeles. Almorzarían en Sequoia Park y luego, de regreso, pernoctar en cualquier localidad. La que más le gustara. Porterville, Bakersfield...
—Falta saber si llegaron a Sequoia Park —dijo Mariam, interviniendo por primera vez en la conversación.
—¡Oh, sí...! Almorzaron en el Sequoia Park —aseguró el recepcionista— Lo ha verificado la policía. Y salieron de allí a primeras horas de la tarde. Es entonces cuando se pierde su rastro.
—¿Alguna otra cosa, McColl? —inquirió Bruckman.
—Me temo que nada más puedo añadir, señor.
Adam Bruckman le tendió los cincuenta dólares.
—Gracias por todo, McColl.
—A usted, señor.
El individuo se incorporó retirándose con un par de profundas reverencias. Su salida fue seguida por la mirada de Mariam. En el rostro de la mujer un mohín de desagrado.
—Le has soltado los cincuenta dólares. Adam.
—Me ha proporcionado valiosos datos. Valiosos... y preocupantes.
—¿Qué quieres decir?
—Empiezo a sospechar que digo grave ha ocurrido a los Meredith. Temo que no se trata de una desaparición voluntaria o casual.
—No hay secuestro, ni accidente denunciado..., ¿qué puede haberles ocurrido?
—Eso es lo que debo averiguar —dijo Bruckman, incorporándose—. Nos vamos.
—¿Adónde?
Adam Bruckman tomó del brazo a la mujer obligándola a levantarse del sillón.
—Al Sequoia Park.
—¿Ahora...? ¡Acabamos de llegar a Los Angeles. Adam! ¿Por qué no mañana?
—Saliendo ahora podemos llegar al Sequoia Park antes de que anochezca. Pernoctaremos allí. Y mañana seguiremos la pista de los Meredith. Desde su salida del parque nacional... hasta el momento de desaparecer misteriosamente.
—¿Has cambiado de hipótesis? ¿Ya no les imaginas en una romántica y solitaria cabaña de las montañas?

Adam Bruckman no respondió.
Ciertamente sí había cambiado de hipótesis.

CAPITULO V

Un día luminoso.
Un día de radiante sol que incrementaba aún más la belleza del Sequoia Park. Era como permanecer en un paraíso. Aislados de la civilización. Un grandioso espectáculo formado por más de cien kilómetros de frondoso bosque, profundos cañones y gigantescas monta-ñas de granito. El punto más elevado de los Estados Unidos, excluyendo a Alaska, es el Mount Whitney, en el límite oriental del Sequoia National Park.
No existía hotel. Hubiera sido un sacrilegio para el Sequoia Park. Sí se disponía de un esperado servicio de alquiler de equipos para acampar; aunque la mayoría de los visitantes ya contaban con su remolque o equipo de acampar propio. Era uno de los principales encantos del parque. El acampar en uno de sus maravillosos rincones.
Adam Bruckman y Mariam pernoctaron en un motel de carretera muy próximo al Sequoia National Park.
Y a primeras horas de la mañana ya tomaban el café en el *snack* del parque nacional. Fue allí mismo donde Bruckman inició sus primeras pesquisas. Las continuó en la estación de servicio para automóviles. Formulando preguntas y mostrando las fotografías de Gladys y Frank.
—¡Eh, Mariam...!
La mujer estaba grabando en uno de los gigantescos abetos que proliferan en el lugar. Giró iniciando una carrera hacia Bruckman.
Todo un espectáculo también digno de admiración.
Mariam, embutida en unos ceñidos pantalones vaqueros y con blusa a cuadros, resultaba tentadora en su corta carrera. Con el sensual bambolear de senos. El innato ondular de las caderas. La exultante sonrisa de sus gordezuelos labios...
—He grabado nuestro nombre, Adam. Esto es maravilloso. Podemos alquilar unos caballos y recorrer...
—Nos largamos.
—¿Cómo...? ¿No almorzamos aquí?
Bruckman sonrió.
—No. Mariam. Ya nada nos retiene en el Sequoia Park.
—Bien —suspiró Mariam, colgándose del brazo del detective—. ¿Hemos adelantado algo al menos?
—Muy poca cosa. Los Meredith disfrutaron de un maravilloso día en el Sequoia Park. Recorrieron la zona a caballo, almorzaron en el snack y poco más tarde emprendieron el regreso. Nada anormal. Una feliz pareja de recién casados.
—¿Cuál es tu plan?

Caminaban hacia una de las zonas de estacionamiento.
Allí estaba el Corvette.
—Tenemos algo a favor, Marian. Los accesos al Sequoia Park, los más concurridos, son vía Fresno, Visalia o Tulare. Nosotros vamos a enfilar por la carretera de Bakersfield. La utilizada por los Meredith. Y vamos a detenernos en todas las gasolineras y snacks de la ruta. En alguna de ellas recibiremos información sobre los Meredith. Estoy seguro.
Se acomodaron en el interior del vehículo.
El Corvette inició la marcha.
—Adam...
—¿Sí, Mariam?
—Ayer, en el recorrido hasta el motel, me estremeció alguno de los tramos de la carretera. Máxime después de dejar atrás Bakersfield. Era como atravesar un desierto. Millas y millas de asfalto. Sin encontrar una sola casa.
—Estamos a poca distancia del tenebroso Valle de la Muerte, Mariam. Esta no es una zona marcadamente poblada.
—Tengo un mal presentimiento, Adam. Los Meredith pueden haber sufrido un accidente de auto y caer por un barranco. No sería el primer caso. Y cuando se descubrieran los cadáveres, encontrarían sólo unos cuerpos calcinados por el sol y pasto de las alimañas.
—Yo comparto ese temor, Mariam; pero no hasta tan macabro desenlace. Recuerda que hace dos días el auto de los Meredith era entregado en Bakersfield. Ya se encontraban en un lugar civilizado. Aunque no fuera Frank Meredith quien telefoneara a la agencia de *rent-a-car*.
—¿Insinúas...?
—Sí, Mariam. Tal vez se trate de un secuestro. En ocasiones demoran días o incluso semanas el ponerse en contacto con la familia. Gladys es una rica heredera. Y apuesto que Janice Holm está dispuesta a pagar cualquier cantidad.
—Entonces se complica el caso.
—Eso me temo, Mariam. Después de hablar con el recepcionista del Sayre Hotel, el asunto ya no me pareció tan sencillo. Esa llamada desde Bakersfield me intriga. Algo ha ocurrido. Algo ajeno a la voluntad de los Meredith.
El trayecto fue pródigo en detenciones. En todo establecimiento público situado en carretera. Ya dejaron atrás la localidad de Porterville. Las detenciones fueron ahora más distantes unas de otra. Ya no proliferaban surtidores de gasolina ni restaurantes de carretera.
El Corvette circulaba a gran velocidad.
Por un asfalto ya requemado por el sol que se emplazaba en lo alto del horizonte. Lanzando con virulencia sus ardientes rayos.
—En el primer restaurante pararemos para almorzar.

—Muy gracioso. Tengo hambre, Adam. ¡Y llevamos más de una hora sin encontrar un solo...!
Mariam enmudeció.
Había descubierto el cartel indicador de una gasolinera-snack. Anunciando su emplazamiento a trescientas yardas.
Bruckman sonrió.
—¿Decías algo, Mariam?
—Voy a solicitar los platos más costosos del menú, Adam. Te van a salir muy caras mis dietas.
—No abuses. Puedes quedarte sin cobrar los atrasos.
Mariam casi respingó en el asiento. Con un súbito destello en los ojos que se eclipsó al oír la carcajada de Bruckman.
El Corvette abandonó el asfalto desviándose hacia el parking del establecimiento. Situado junto al snack. Con un amplio porche protector de los abrasadores rayos. El surtidor de gasolina quedaba algo más adelante. Con un doble acceso para vehículos de ambas direcciones.
—Puedes ir solicitando el menú, Mariam. Ahora voy yo.
Adam Bruckman se encaminó hacia el surtidor de gasolina.
Un individuo con chaqueta y pantalón azul permanecía apoyado en una de las columnas. En su boca una pastilla de chewing-gum. Con una aburrida mueca reflejada en el rostro.
- Hola.
El individuo alzó la cabeza. Correspondió al saludo de Bruckman llevando el dedo índice a! ala del sombrero.
Adam Bruckman extrajo la billetera. Junto a la fotografía de los Meredith colocó un Hamilton. Los aproximó al empleado. Este fijó primeramente la mirada en el billete de diez dólares. Y luego en la fotografía.
—¿Los reconoce?
—Sí. Pasaron por aquí hace unos días. Una semana aproximadamente.
—Tiene buena memoria.
—No siempre. Depende. La chica era una belleza. Y eso sí me llama la atención. Es la única distracción que tengo. Contemplar las piernas de las chicas que viajan en los asientos de los autos. Hablé con el fulano. Le advertí que no llegarían muy lejos.
—¿Qué quiere decir?
El individuo dejó de bailar la goma de mascar en la boca. La escupió por la comisura de los labios.
—¿Quién es usted? ¿Por qué hace tantas preguntas?
—Soy investigador privado —respondió Bruckman, mostrando la credencial al individuo—. Este matrimonio ha desaparecido. La familia me ha encomendado la búsqueda.
—Parecían recién casados.

—Lo eran.
—Entonces es ridículo el preocuparse —el empleado de la gasolinera sonrió maliciosamente—. En mi viaje de bodas demoré ocho días la reincorporación al trabajo. ¡Y nadie consiguió localizarnos! Mi vieja ya había comunicado con todos los hospitales y alertado a...
—Soy de su misma opinión, amigo —interrumpió
Bruckman, guardando la billetera y credencial. Dejó visible en su mano el billete de diez dólares— pero la familia me paga para investigar. ¿Qué quiso decir con eso de que no llegarían muy lejos?
El individuo sonrió con suficiencia.
—Viajaban en un Mercury. Un Bobcat del setenta y siete. Un buen auto, pero ya muy trabajado. No se detuvieron aquí para repostar. El hombre estaba algo preocupado por cierto ruido en el motor que se había originado millas atrás. Aquí no tenemos taller, pero yo soy un buen mecánico. Eché un vistazo. Tenía una pieza del motor próxima a romper. Se la aseguré un poco, aunque advirtiendo que no llegaría muy lejos en esas condiciones.
Le recomendé un taller cercano, aunque debería retroceder nuevamente en dirección al Sequoia Park.
—¿Cuál fue su respuesta?
—Sospecho que no me dio mucho crédito. Sin duda temiendo que tratara de aprovecharme de algo inexistente y cobrar comisión en ese taller. Me preguntó si podía acortar camino hacia Bakersfield. Le indiqué una desviación. La comarcal de Hurt Hill. Una carretera sin servicio de gasolineras, taller o establecimiento público alguno. Así le informé. Aconsejándole que no tomara ese atajo. De un tráfico casi nulo. Si se encontraba en dificultades no encontraría ayuda. Apuesto a que sí tomó el desvío.
—¿Tiene un mapa local? Me gustaría consultar un detallado mapa de la zona.
—Lo encontrará en el snack. Colgando de la pared.
Adam Bruckman le tendió los diez dólares.
—Gracias.
—No se le ocurra llamar a la familia —rió el individuo, guardando con rapidez el billete—. Puede que los recién casados estén ya en el hogar. ¡Y entonces no hay investigación!
Bruckman se encaminó hacia el snack.
Ajeno al irónico comentario del empleado.
Encontró a Mariam acomodada en uno de los taburetes del mostrador. La clientela era escasa. En la máquina tocadiscos un sempiterno tema de Sinatra.
—Falta pedir tu bebida, Adam.
—Una jarra de cerveza. Muy fría.
Bruckman no acudió junto al mostrador. Se dirigió hacia una de las

columnas del local. Allí estaba colgado, y protegido por cristal, un mapa de la zona. Lo examinó detenidamente. Hasta oír nuevamente la voz de Mariam.
—¡Eh, Adam...! ¡Se enfría el pienso!
Bruckman sonrió avanzando hacia la mujer.
Se acomodó en el taburete contiguo.
Un grueso y jugoso *beefsteak* destacaba en el suculento plato combinado, junto con una jarra de cerveza negra.
Mariam ya estaba dando buena cuenta de su menú.
—Terminarás por engordar, nena.
—¿No te gustaría con unos kilitos de más?
—Estás en el punto justo.
—Entonces haré un poco de ejercicio después de comer. ¿Lo hacemos juntos, Adam?
—No vamos a tener tiempo. Mariam. Creo haber encontrado una buena pista. Los Meredith no fueron por la carretera principal que conduce a Bakersfield. Tomaron una desviación. Una comarcal existente a pocas millas de aquí. Y fue en ese tramo donde desaparecieron.
—Tal vez sí llegaron hasta Bakersfield.
—No. Circulaban con un auto averiado: La reparación y cambio de pieza no se realizó en Bakersfield.
Imposible llegar hasta allí. Eso me ha asegurado el fulano de la gasolinera. La reparación se hizo en ruta. Y no hay gasolinera ni taller en esa carretera de desvío.
—¿Entonces...?
—Sí he localizado un pueblo en el mapa. Una pequeña localidad situada a poca distancia de la comarcal tomada por los Meredith. Wardsville.
—Y ése será nuestro destino.
—Correcto, Mariam. En Wardsville está la respuesta.
Adam Bruckman no se equivocaba.
En Wardsville estaba la respuesta a todo.
Sólo que en Wardsville esperaba también la muerte.

CAPITULO VI

Mariam ahogó un bostezo.
—¿Aún quedan muchos, Adam?
Bruckman respiró con fuerza. Arrugó el papel entre sus manos para seguidamente arrojarlo por la ventanilla del auto.
—No, Mariam. Ese era el último. El último taller de Wardsville. Los hemos recorrido todos. Grandes y pequeños. Y en ninguno de ellos han reparado un Mercury Bobcat ni han visto a los Meredith.
—No ha resultado cierta tu corazonada.
Adam Bruckman encendió un cigarrillo.
Exhaló una bocanada de azulado humo.
—Y me sorprende. Si el Mercury quedó averiado o comenzó a fallar, el único lugar donde acudir es Wardsville. No hay otro en la ruta. Ya lo has visto. Ese desvío es como un sendero en el desierto.
—Puede que sí lograran llegar hasta Bakersfield.
—El individuo de la gasolinera estaba convencido de lo contrario.
—¿Qué hacemos ahora, Adam? ¿Nos vamos? Esto es un villorrio. En las cuatro o cinco vueltas que hemos dado para recorrer los diferentes talleres de mecánica de automóviles, se puede decir que hemos conocido todo Wardsville. Y no me gusta. Geer Avenue es la única vía un poco animada. El resto... No, no me gusta la ciudad.
Bruckman sonrió.
—No te gustó incluso antes de conocerla. Con sólo ver el cementerio.
—¿Y te sorprende? ¡Un cementerio a la entrada de la ciudad! ¡Un cementerio con tumbas bordeando la carretera de acceso...! Resultó espeluznante.
—Vamos a pasar noche aquí, Mariam.
—¡Oh, no...! ¿Por qué, Adam?
—Sigo convencido de que la clave ai enigma se encuentra aquí. En Wardsville. Aprovecharé lo poco que queda del día para seguir investigando. Mañana partiremos hacia Bakersfield.
—Está ya oscureciendo, Adam. ¿Qué vas a investigar? ¿Dónde...? El Mercury no ha sido reparado aquí. Y eso significa que los Meredith no llegaron a Wardsville.
Bruckman hizo girar la llave de contacto.
Inició la marcha del Corvette.
—Está decidido, Mariam. Nos quedamos en Wardsville. Ya me he informado del mejor hotel de la ciudad. El Madison. En ese terreno sí se limita el indagar. Los Meredith hubieran acudido al mejor hotel.
—Y de seguro encontraron plaza —respondió Mariam, malhumorada —. Wardsville no es una ciudad turística.

—No te enfades, Mariam. Podemos pasar una noche muy divertida.
—Lo dudo.
El auto pronto enfiló por la Geer Avenue. Ya se habían encendido algunos prematuros luminosos de neón, incluido el del Madison Hotel.
Adam Bruckman estacionó próximo a la entrada del establecimiento hotelero.
Descendió bordeando el Corvette para abrir la portezuela correspondiente a Mariam. Ésta recogió el neceser.
Penetraron en el hotel.
En el *hall* de recepción fueron recibidos por un individuo de pálidas facciones. Un rostro alargado. De aspecto enfermizo.
—Buenas noches, señores.
—Hola. Queremos una habitación —dijo Bruckman—. Estamos cansados de viaje y hemos decidido pasar la noche en Wardsville,
—Muy bien, señor. Firme aquí, por favor...
El recepcionista situó el libro de registro frente a Bruckman. Acto seguido se ladeó hacia el casillero para coger una de las llaves. Al girar sorprendió a Bruckman examinando la hoja anterior del libro.
—Aquí, señor... Tiene que firmar aquí.
—Ah, sí... Disculpe.
El individuo pulsó el timbre del llamador situado sobre el mostrador.
Acudió un muchacho de unos quince años de edad haciéndose cargo de la llave.
—Acompaña a los señores. Habitación ciento siete.
Se introdujeron en el elevador.
Al salir de la cabina, y guiados por el botones, recorrieron un alfombrado pasillo hasta detenerse frente a la puerta señalizada con el número 107.
El muchacho abrió la puerta accionando el interruptor de la luz.
Avanzó para abrir la puerta del contiguo cuarto de baño.
—¿Desean alguna cosa?
Adam Bruckman ya estaba manipulando en la billetera.
—Una bonita habitación... Puede incluso que la misma que ocupó mi hermano. Mi hermano estuvo aquí hace unos días, ¿sabes? En viaje de bodas. El me recomendó el hotel. Estos son.... ¿les recuerdas?
Bruckman le tendió la fotografía.
En el rostro del muchacho se reflejó una sonrisa de oreja a oreja.
—Oh, sí..., pero no ocuparon esta habitación. Fue en la tercera planta.
La número 305.
—¿Estás seguro?
—Habitación trescientas cinco. Yo mismo les acompañé. El señor fue muy generoso. Me dio una buena propina y...
—¿Estás seguro de que son ellos? Mira bien la fotografía.
El botones parpadeó.

—Sí, claro... Usted mismo dijo que se habían hospedado aquí. Les recuerdo perfectamente.
Adam Bruckman le largó cinco dólares.
El muchacho abandonó la habitación con reiteradas muestras de agradecimiento.
—Tenías tú razón —murmuró Mariam—. Han estado aquí. En Wardsville.
—No figuran en el libro de registro. Lo he comprobado.
—Eso nada significa. Muchos hoteles olvidan ese requisito. Máxime si se trata de recién casados o de clientes que inspiran confianza. Tú y yo formamos pareja sospechosa. Por mucho que hayas firmado «Bruckman y señora». Ese botones reconoció a los Meredith.
Adam Bruckman consultó el reloj.
Avanzó hacia el teléfono depositado sobre la mesa de noche. Tomó el auricular pulsando el número de recepción.
—Oiga... Quiero comunicación con el Sayre Hotel de Los Angeles... Sí, correcto. Esperaré...
Volvió a colgar el micro.
Sonrió a Mariam.
—Janice Holm. Quedé en telefonearla esta mañana para informar de la marcha de las investigaciones. Hay que complacer al cliente que nos da de comer.
—¿Piensas decirle que su hermana se hospedó en
Wardsville?
—No. Simplemente le diré que estamos tras una buena pista. No quiero adelantar acontecimientos. Además..., quedan todavía muchos interrogantes. Si los Meredith pernoctaron en Wardsville..., ¿dónde repararon el auto?
El timbre del teléfono hizo que Adam Bruckman retornara de nuevo junto a la mesa de noche.
Mariam se dirigió hacia el contiguo cuarto de baño. Un amplio espejo encima del lavabo. Adornado con dos artísticos quinqués. Azulejos rosa. La bañera con grifos de moderno diseño. La cortina protectora a mitad de su recorrido.
Mariam manipuló en los grifos de la bañera hasta conseguir mezclar el agua fría y caliente a su gusto.
Frente al espejo procedió a soltarse el pelo. Una sedosa mata de cabello que cayó majestuosamente sobre los hombros. También se desabotonó la blusa. Sus senos, firmes y poderosos, quedaron al descubierto.
Al girar se encontró frente a Bruckman que sonreía bajo el umbral.
—¿Ya has terminado? Debes haber causado una pobre impresión en Janice Holm... No hay que despilfarrar, pero sí ser un poco más comunicativo con el cliente.

—No estaba en el hotel. Le he dejado un aviso.
—Voy a darme un baño —dijo Mariam, pasando al dormitorio y abriendo el neceser—. Tú puedes...
Mariam se interrumpió.
Adam Bruckman se había situado a su espalda. Besándola en la nuca. Abarcándola con los brazos. Con las manos sobre los prominentes senos femeninos.
—¿Nos bañamos juntos, Mariam?
—¡No...! Quiero disfrutar del baño.
—Sólo era una sugerencia.. Aprovecharé entonces para conversar con el recepcionista.
—No cuentes conmigo hasta dentro de una hora.
—*Okay*.
Adam Bruckman abandonó la estancia.
Minutos más tarde estaba en el mostrador de recepción. Simulando consultar unos folletos. En espera de que el recepcionista terminara de hablar con uno de los clientes.
—¿Desea algo, señor Bruckman?
—Me gustaría hablar con el director del hotel.
—Yo soy el director del Madison —respondió el individuo de pálidas facciones—. Mi nombre es Stuart Corey. ¿En qué puedo servirle?
Adam Bruckman fijó la mirada en el individuo. Aquel blanquecino rostro, su aspecto marcadamente enfermizo, resultaba poco grato. Al igual que la mirada de aquellos amarillentos ojos.
—Disculpe... Le había considerado como el recepcionista.
—El Madison es un buen hotel, pero no podemos permitirnos el lujo de un elevado personal. Soy el director y también uno de ¡os recepcionistas.
Bruckman había sacado su credencial.
La dejó unos instantes sobre el mostrador para que fuera examinada por el individuo.
—Estoy investigando la desaparición de Frank Meredith y su esposa. Se hospedaron aquí. En el Madison Hotel. Hace cinco o seis días. No puedo concretarle el día exacto.
—Consultaré el libro de registro y...
—No se moleste. No figuran en el libro de registro.
Stuart Corey arqueó las cejas.
Fue su único gesto. Su rostro continuó impasible. Con aquella marcada palidez. Como una máscara de cera.
—Si no figuran en el libro de registro es que no pernoctaron aquí.
Adam Bruckman depositó la fotografía sobre el mostrador. Empujándola hacia el director del hotel.
—Estos son los Meredith.
Stuart Corey dirigió una superficial mirada a la fotografía. Su

respuesta fue casi inmediata.
—No les conozco. No pernoctaron aquí.
—¿Está seguro?
—Por completo.
—El botones sí los ha identificado. El mismo les acompañó hasta la habitación. La número trescientos cinco.
Stuart Corey no alteró un solo músculo de su enteco rostro. Se limitó a pulsar el llamador situado en el mostrador de recepción.
Apareció el botones.
Y Adam Bruckman intuyó lo que iba a ocurrir. El muchacho estaba pálido. Con la frente perlada de diminutas gotas de sudor. Con el miedo reflejado en los ojos. Un tenue y visible temblor se acusaba en sus manos y en el balbucear de sus labios.
—Freddy..,
—Diga, señor Corey.
El director del Madison Hotel levantó la fotografía. Mostrándola al tembloroso muchacho.
—¿Conoces a estos señores?
—Yo..., yo...
—Responde con la verdad, Freddy.
—No..., no, señor Corey...
—Este caballero asegura que tú...
—Le mentí. Fue... fue para conseguir una posible propina. Me habló de su hermano, de que se había hospedado aquí... y yo simulé reconocerle al mostrarme la fotografía.
Quería hacerme así más servicial... No era mi deseo ofender ni...
—Ser servicial es muy diferente a comportarse hipócritamente, Freddy. Pide disculpas al caballero.
El muchacho inclinó la cabeza.
Sin atreverse a enfrentar sus ojos con ¡os de Bruckman.
—Le... le ruego me disculpe, señor...
Adam Bruckman esbozó una sonrisa.
—Olvídalo. No tiene importancia.
—Ya puedes retirarte, Freddy.
El botones obedeció con rapidez la autoritaria voz de Stuart Corey. Este, ahora dirigiéndose a Bruckman, añadió:
—También yo le ruego acepte mis disculpas, señor Bruckman. Lamento el incidente.
Adam Bruckman no se dignó a responder.
Se encaminó hacia la salida.
Ya fuera del hotel, respiró con fuerza la fría brisa nocturna. La Geer Avenue ya totalmente iluminada. En pleno bullicio. El único lugar de diversión en un pueblo de tristes y solitarias calles.
Bruckman dobló por una de las bocacalles de la Geer Avenue.

Divisó un bar al final de la calle.
Dirigió sus pasos hacia el iluminado local. En busca de un lugar tranquilo. Ajeno al bullicio de la Geer Avenue. Necesitaba pensar. Meditar sobre lo acontecido en el hotel.
Penetró en el bar.
Allí dejaría transcurrir el tiempo en espera de ir en busca de Mariam.
Un local pequeño. Con unas siete u ocho mesas arbitrariamente distribuidas. Dos máquinas tragaperras de *flippers* en uno de los rincones. Una media docena de clientes en el establecimiento. Uno de ellos en la máquina tragaperras, dos ocupando una de las mesas y los restantes acodados en el mostrador.
Una cascada voz resonaba con fuerza en el local.
—¡Lo juro, Alfred..,! ¡Lo juro por mi vida...! ¡Era Edmond Hackett...! Pude verlo con mis propios ojos... saltando de tumba en tumba... Con su roja capa azotada por el viento... ¡Todavía me tiemblan las piernas!
Alfred era el individuo situado tras el mostrador.
Arrugó la nariz.
—Hablas demasiado, Herbert. ¿Por qué no te largas a dormir la borrachera?
—Maldita sea tu estampa... ¿Me has visto alguna vez borracho? Soy Wilcox. ¡Herbert Wilcox...! Y bebo como una esponja, pero nunca hasta el extremo de la borrachera. Conozco mis límites. ¡Y te aseguro que era Edmond Hackett!
Otro de los clientes metió baza en la conversación.
—Alfred está en lo cierto. Hablas demasiado, Herbert. Ciertos nombres es mejor no pronunciarlos. No pronunciarlos jamás. Me largo...
Herbert Wilcox comenzó a reír.
Era un individuo de avanzada edad. Cabello totalmente níveo. Con marcadas y profundas arrugas en el rostro. Ojos hundidos,, aunque destacando por su vivaz brillo. Vestía una larga y ancha chaqueta que no era de su talla. Los pantalones también
desmesuradamente anchos. Embutidos en botas de altas cañas. Se cubría con un sombrero de fieltro de indefinido color. La grasa y suciedad almacenada lo hacían imposible determinar.
—Rata cobarde... Sí, condenación... ¡Miedo a un nombre! ¡Miedo de pronunciar un nombre...! El nombre maldito de los Hackett... ¡Yo he visto a Edmond Hackett...! ¡Le he visto deambular por el cementerio!
—Fuera de mi local, Herbert —dijo el propietario del bar—. ¡Lárgate!
El anciano se encogió de hombros.
Abandonó el establecimiento cruzándose con Adam
Bruckman, que había estado escuchando apoyado en una de las columnas.
Acudió al mostrador.
Fue al solicitar un whisky cuando se percató de que los dos clientes de

la mesa se incorporaban y salían a grandes zancadas.
Y a los pocos minutos escuchó el grito.
Un lejano grito que de inmediato cesó con brusquedad.
Adam Bruckman no esperó a que le fuera servido el whisky. Corrió hacia la puerta. A! salir descubrió a los dos individuos en la boca de un callejón. Golpeando al anciano.
También ellos se percataron de la aparición de Bruckman.
Y emprendieron la huida.
Adam Bruckman no fue tras los dos individuos. Consideró más importante prestar ayuda al anciano.
—¿Te encuentras bien, abuelo?
—Creo..., creo que voy a vomitar...
—Hazlo.
El anciano forzó una sonrisa.
—¿Y... si vomito las tripas...? Esos bastardos me han pisoteado el estómago... Gracias a que tú..., ¿quién eres, hijo?
Bruckman ayudó a levantarse al anciano.
—Bruckman. Adam Bruckman.
—No eres de aquí, ¿verdad? Tú no eres de Wardsville...
—No, no lo soy. ¿Por qué te golpearon esos dos? Dudo que intentaran robarte.
Herbert Wilcox rió entre dientes.
—Infiernos, no... Todos me conocen en Wardsville. Soy el trapero ambulante. Ropa, cartón, hierro... Un negocio que proporciona pocos beneficios. Todo me lo gasto en mi vieja mula, a la que cuido como a una reina, y en botellas de whisky. A mi edad el whisky es necesario para combatir el frío.
—No has respondido a mi pregunta, abuelo. ¿Por qué te golpearon?
—Por hablar de Edmond Hackett.
Adam Bruckman sonrió.
—Sí. También yo pude oírte en el bar. El señor Hackett saltando por entre las tumbas del cementerio. Eso es como catalogarle de loco, abuelo. Apuesto que el tal Edmond Hackett es un fulano importante en Wardsville. No hay que incordiar con los poderosos.
—Cierto... es muy poderoso...
—No es prudente decir ciertas cosas, abuelo. Aunque sean verdad. ¿Has visto a Edmond
Hackett saltando como una cabra por entre las tumbas? Mejor olvidarlo. De seguro estaría borracho. Y eso no se debe divulgar.
—Edmond Hackett no estaba borracho.
—¿No? ¿Y qué hacía saltando por entre las tumbas?
Herbert Wilcox empequeñeció los ojos.
Acentuando aún más las marcadas arrugas de su rostro.
—El cementerio es el hogar de Edmond Hackett. Está muerto. Murió



hace ya más de diez años...

CAPITULO VII

Mariam se estaba ajustando una de las medias cuando sonaron los golpes a la puerta.
Unos golpes muy tenues.
Tres golpes apenas audibles.
Como si alguien tecleara suavemente con los nudillos sobre la hoja de madera.
Mariam, sentada al borde del lecho, se incorporó con un mohín de disgusto. Tan sólo había transcurrido unos veinte minutos de la salida de Bruckman. Y ya estaba de regreso. Debería esperar otro tanto. Mariam recién había abandonado el baño. Se había puesto un vestido camisero todavía sin abotonar. Le faltaba también arreglar el pelo y maquillarse un poco.
Acudió hacia la puerta deslizando el cierre.
Parpadeó al abrir la hoja de madera.
No había nadie.
Lentamente volvió a cerrar la puerta. Con una mueca de perplejidad en el rostro. Convencida de haber oído aquellos golpes en la...
Mariam respingó.
Al colocar de nuevo el cierre, se había apagado la luz de la habitación. Tanteó por la pared hasta dar con el interruptor. Lo accionó una y otra vez, aunque la estancia continuó en la oscuridad.
Fue hacia la mesa de noche.
Con intención de encender la lámpara allí depositada.
Se detuvo a mitad de camino.
Había escuchado unos pasos. Unas pisadas. Unas pisadas allí. En el interior de la habitación. El deslizar de unos zapatos.
Y ella estaba descalza.
Unicamente con una media.
Mariam permaneció unos instantes inmóvil. Ningún otro ruido. Un total silencio en la habitación. Un silencio casi sobrecogedor.
Siguió avanzando.
Tanteando en la oscuridad.
Consiguió localizar la lámpara de la mesa de noche. Tiró de la anilla. El iluminar de la lámpara se vio acompañado del profundo suspirar de Mariam.
No era una luz potente. Todo lo contrario. La oscura pantalla dificultaba aún más el paso de la mortecina bombilla.
Mariam volvió a sentarse a! borde del lecho. En el suelo, sobre la alfombra, estaba la fina media de nylon que le faltaba por poner. La tomó entre sus manos. La fue enrollando para poder introducirla por

el pie izquierdo. La hizo subir. Deslizándola. Hasta el muslo. Enderezó la franja elástica a la vez que estiraba las piernas.
Fue entonces cuando escuchó el sonido.
Un sonido difícil de definir. Ahogado. Ronco. Como el jadear de una fiera herida...
De nuevo Mariam quedó inmóvil. Rígida. Con los ojos muy abiertos. Se estremeció. Instintivamente. Como si un soplo de helada brisa inundara de súbito la habitación.
Aquel sonido...
Sí.
Ahora sí lo identifico.
Un respirar. Un entrecortado y ronco respirar. Un jadear gutural.
Mariam fijó la mirada en la cerrada puerta del cuarto de baño. De allí parecía surgir el sonido. La mortecina luz de la lámpara de noche le permitió ver el pomo. Un pomo dorado que destacaba en la puerta del cuarto de baño.
Y el pomo comenzó a girar.
Muy lentamente.
A la vez que el entrecortado jadear se iba haciendo más y más intenso.
El terror hizo reaccionar a Mariam. Inició el ademán de levantarse. También se inició un grito en su garganta. Un desgarrador alarido de inmediato cortado.
Una sombra había surgido a espaldas de Mariam.
Una fantasmal figura que se abalanzó sobre la mujer taponándole la boca e impulsándola hacia atrás. Mariam volvió a quedar paralizada por el horror. La fría y húmeda mano que taponaba su boca le inmovilizaba la cabeza contra el lecho.
Otra sombra surgió frente a Mariam.
Procedente del contiguo cuarto de baño.
Mariam comenzó a bracear y agitar las piernas. Pugnando por zafarse de su opresor. Eso hizo que la sombra avanzara aún más. Precipitándose sobre la mujer. Unas manos atenazaron el frágil cuello de Mariam. Comenzaron a apretar.
La fría zarpa dejó de taponar la boca de Mariam para poder sujetarla por ios brazos. Tiró de ellos. Mariam percibió cómo una cuerda ceñía sus muñecas.
Ahora sí pudo ver al hombre que atenazaba su cuello.
Bañado por la débil luz de la lámpara de noche. Iluminando un rostro desencajado por el deseo. Unos ojos de brillo lascivo. Con un hilillo de baba resbalando por la comisura de sus labios.
Mariam dejó de ofrecer resistencia.
Con la esperanza de que aquellas manos no continuaran aprisionando su garganta.
Y así fue.

Las engarfiadas manos fueron aflojándose lentamente.

—No grites..., no grites...

La ronca voz del individuo incrementó el terror en Mariam. Una voz que parecía sufrir de disfonía. Mariam movió repetidamente la cabeza. Su respuesta fue un susurro apenas audible.

—No..., no gritaré...

—Bien..., eso está bien...

Las manos de Mariam habían quedado sujetas a uno de los travesaños del lecho. Eso permitió que su primer atacante se situara también frente a ella.

Y Mariam contempló aterradora a los dos individuos.

Dos hombres de rostro demoniaco. Deformado por la lujuria. Con los ojos muy brillantes. Enfebrecidos por el deseo.

Los dos individuos se fueron inclinando sobre Mariam.

La mujer no gritó.

Dominando su terror.

Consciente de que debía ceder. Sin ofrecer resistencia. Era su única posibilidad de salir con vida. Someterse sin un solo grito.

Percibió las manos de uno de los individuos. Desgarrándole el vestido para seguidamente tirar bruscamente del slip. Esas mismas manos, como auténticas zarpas, se apoderaron de los senos femeninos. Con violencia. Con sadismo.

El otro individuo también se aproximó a Mariam.

Inclinando su rostro sobre el de la mujer. Acercando sus nauseabundos labios. Murmurando obscenas palabras...

Y Mariam continuó inmóvil.

Aferrada a aquella posibilidad de salir con vida después del ataque a que iba a ser sometida. Ignorando que ya habla sido sentenciada. De que aquello era tan sólo el principio. Pronto descendería al más tenebroso de los infiernos.

* * *

Mariam apenas podía respirar.

Aterrada.

Había sido sometida una y otra vez a las más alucinantes aberraciones sexuales. Depravados actos que la mente más enfermiza hubiera rechazado. Un grado de obscenidad y sadismo difícilmente superables.

Mariam yacía sin fuerzas en el lecho.

Ni tan siquiera reaccionó cuando los dos individuos se distanciaron de su lado. Continuó inmóvil. Con los ojos cerrados. Como inconsciente.

Se abrió la puerta de la habitación.

Mariam creyó que los dos individuos abandonaban la estancia, pero no fue así. Le fue colocada una mordaza. Bruscamente. Una ancha cinta adhesiva que le taponó la boca.

Mariam sí abrió ahora los ojos.
Y contempló como uno de los individuos le juntaba los tobillos para seguidamente atarlos con una fina y cortante cuerda. Las muñecas femeninas continuaban también atenazadas.
Los dos individuos levantaron a Mariam para introducirla en el carro de lavandería. El carro utilizado para retirar las sábanas del hotel. Cerrado con una lona protectora.
Fue entonces cuando Mariam comprendió que estaba sentenciada. Que la salvaje violación a la que había sido sometida era sólo el principio. Y ahora iba a ser conducida a la muerte. La desesperación se apoderó de la mujer. Comenzó a golpear con la cabeza contra las paredes del carro. A agitarse.
En vano.
El carro fue introducido en el montacargas. Iniciando el descenso hasta el parking
subterráneo del hotel. Y del montacargas pasó a una furgoneta.
Mariam se percató de que viajaba en un auto. Su terror se fue incrementando más y más. Los intentos por librarse las ligaduras habían hecho sangrar tobillos y muñecas. El cuerpo bañado en sudor. La boca taponada. Respirando con dificultad en el interior del carro.
El trayecto se le hizo interminable.
Un viaje en la oscuridad. Con el solo sonido de su agitado respirar y el fuerte latir de su descompasado corazón. Con la única compañía de la angustia, la desesperación, el horror...
La furgoneta se detuvo.
Se abrió la portezuela trasera del vehículo y el carro de lavandería fue ladeado para facilitar la salida de Mariam.
Unas fuertes manos tiraron de los brazos femeninos.
Lo primero que contemplaron los aterrados ojos de Marian fueron las tumbas. A muy poca distancia de la cuneta. Tumbas junto con altos Cipreses que se alzaban fantasmagóricos en la oscuridad de la noche.
Estaba en el cementerio.
Había sido conducida al cementerio de Wardsville.

CAPITULO VIII

Mariam fue adentrada en el cementerio. Por dos individuos. Dos hombres que la depositaron en el suelo. Junto a unas tumbas cercanas a los nichos del lado sur. Próxima a un alto ciprés que agitaba sus ramas movido por el viento.
Y los dos individuos se alejaron.
El terror reflejado en los ojos de Mariam fue reemplazado por un perplejo parpadear. Contempló cómo los dos individuos, convertidos en borrosas sombras, se introducían en la furgoneta y maniobraban para emprender regreso a Wardsville.
La habían abandonado allí.
En el cementerio.
¿Por qué?
Mariam se arrastró por el suelo. Hacia la tumba más cercana. Tenía las manos atadas a la espalda. Surcos sanguinolentos en los tobillos. Dibujados por la cortante cuerda. La boca taponada por la cinta adhesiva.
Apoyó el rostro en una de las esquinas de la losa. Con intención de quitarse la mordaza. Lo intentó una y otra vez. Deslizando la barbilla por el borde de la lápida. Pugnando por zafarse de la cinta.
De pronto quedó inmóvil.
Con la mejilla sobre la fría piedra.
Parpadeó con un destello de incredulidad en las pupilas.
Había... le pareció que se había movido la lápida... Un leve deslizar. Como si el frotar de su rostro pudiera haber...
El terror desencajó el rostro de Mariam.
Sí.
Se estaba moviendo.
La lápida se estaba deslizando,
Mariam, en total paroxismo de horror, permaneció inmóvil. Paralizada. Contemplando con alucinados ojos la oquedad formada. Un ancho resquicio. Y por aquella abertura asomó la mano. Una mano de engarfiados dedos. De uñas largas, curvadas, renegrecidas... Una mano salpicada de pústulas y llagas.
Mariam se echó hacia atrás.
Comenzó a mover las piernas. Con aterrada desesperación. Zigzagueando por el suelo. Serpenteando. Enloquecida por el espanto. Los angustiosos intentos por zafarse de las ataduras volvieron a hacer sangrar sus muñecas y tobillos. El arrastrar por el suelo hizo desprender la cinta adhesiva.
Y Mariam gritó.

Dejando escapar todo el terror que la atormentaba.
Un espeluznante alarido que se extendió por el silencioso cementerio.
Y su desgarrador grito encontró eco. Una risa. Una satánica risa que resonó a espaldas de Mariam. Una infrahumana carcajada que parecía surgir de todas las tumbas del cementerio..
Unas manos sujetaron los tobillos de Mariam.
Unas manos blandas. Viscosas. Deformes. Unas manos que parecían dotadas de repulsivas ventosas.
Mariam, de bruces en el suelo, fue obligada a girar. Borrosamente contempló a su atacante. Una siniestra sombra. La oscuridad de la noche no le permitía ver más. Una fantasmal figura con una capa roja.
Tiró de los tobillos de Mariam.
Arrastrándola por la húmeda tierra.
—¡No...! ¡No...! ¡No...!
Los desgarradores gritos de Mariam eran coreados por una infernal risa. Una carcajada demoníaca que parecía tener eco en cada uno de los silenciosos moradores del cementerio.
Mariam estaba siendo arrastrada hacia la abierta tumba.
Y se percató de ello.
Una mueca desencajó las mandíbulas de Mariam. Boqueó. Incapaz de articular ya sonido alguno. Enronquecida. Con los ojos desorbitados. El terror le había hecho defecar. Comenzó a mover la cabeza con violencia. Enloquecida de pavor al ser introducida en la fosa.
Ni tan siquiera reparó en la rampa existente. Con unos toscos peldaños hechos en la tierra. La lápida se fue cerrando de nuevo. Un oculto resorte estaba haciendo deslizar lentamente el mármol.
La oscuridad envolvió a Mariam. Como si fuera engullida por la tierra. Como si iniciara el descenso al infierno. Arrastrada por el mismísimo Satanás.
Fue conducida por un túnel.
Siguieron otros.
Un laberinto de galerías y conductos. Un pestilente hedor se fue haciendo cada vez más penetrante. Fue al final de una de las galerías donde se divisó la luz.
Mariam había sido conducida a una estancia circular. Como una cueva. Con antorchas en las paredes. En el techo un respiradero.
Las deformes manos soltaron los tobillos de Mariam.
Y entonces escuchó la voz.
Una voz ronca y gutural.
—Aquí la tienes, Leila... Un nuevo presente de nuestros amados discípulos.
Mariam había intentado incorporarse, pero no lo consiguió. Tenía el cuerpo dolorido. Castigado por el prolongado arrastrar. Sí logró apoyarse en la pared. Y las antorchas que crepitaban en el interior de

la cueva le permitieron contemplar a sus moradores.
Mariam comenzó a balbucear.
Con extraños sonidos.
Una aguda carcajada resonó con fuerza.
—La has vuelto loca, Edmond... Ha enloquecido al tener que soportar tu nauseabundo contacto...
—Dime cómo es, Leila..., descríbela..., ¿es como la anterior...? ¿es igual de joven?
—Sí.
El terror parecía haber enloquecido a Mariam.
No reaccionaba.
Ningún grito. Sus alucinados ojos fijos en la monstruosa pareja que estaba frente a ella.
Un hombre y una mujer.
Dos horripilantes y deformes criaturas.
El rostro del hombre era una repulsiva máscara de llagas. Parecía carecer de labios. La boca tan sólo un pestilente orificio. Los ojos muy hundidos. Ocultos por caídos párpados. Como si estuvieran atrofiados. Manos también con abundantes pústulas. Una elegante capa roja contrastaba con los harapos de su vestimenta.
En cuanto a su mujer...
Su rostro también acusaba espeluznantes llagas, aunque los ojos sí resultaban visibles. Incluso saltones. Con un demente brillo. Vestía una sucia túnica. Del cuello colgaba un largo collar. Formado por dientes humanos. Sus manos esqueléticas. De largos y huesudos dedos.
Un camastro en uno de los rincones. Al fondo una corta escalera. Un féretro. Aquello era un panteón. Un panteón familiar del cementerio que había sido acondicionado por aquellas monstruosas criaturas.
Y en las paredes...
Cráneos.
Infinidad de calaveras en diferentes estanterías. Cabelleras. Huesos convertidos en siniestras flautas... Un penetrante y pestilente hedor dominaba la estancia. Había varios recipientes. De distintos tamaños.
Mariam pudo ver el contenido de una de aquellas vasijas. Carne en maceración. Carne humana. Un cercenado brazo flotaba en aquel recipiente.
La carcajada de la horripilante mujer resonó de nuevo. Mostrando sus dientes. Unos dientes muy afilados.
—No es tan joven como la anterior, Edmond; pero sí igualmente bella... Nuestros discípulos habrán disfrutado con ella.
El hombre avanzó hacia Mariam.
Estaba ciego.
Sus atrofiados ojos no podían ver, sin embargo, acudió directamente hacia Mariam. Sin vacilar. Aferró los cabellos femeninos tirando con

fuerza.
—¡En pie!
Mariam comenzó a gritar.
Su atormentada mente dejaba escapar todo el terror acumulado. Los alaridos resultaban desgarradores. Incrementados al sentir las manos del hombre inmovilizarla con fuerza.
—¡Por el gran Shakan...! ¡Hazla callar, Leila...!
Todo fue muy rápido.
Mariam gritaba con toda su angustiosa desesperación. Y bruscamente enmudeció. Su lengua había sido atrapada por unas pequeñas tenazas.
Desencajó el rostro.
En indescriptible mueca.
Contempló a Leila. Era ella quien había manejado hábilmente las tenazas. Y en su mano derecha unas tijeras.
Sí.
Todo fue muy rápido.
Una bocanada de sangre brotó de Mariam. Su cercenada lengua quedó en las pinzas. Por muy poco tiempo. Leila, riendo en desaforada carcajada, se la llevó a la boca, Y comenzó a masticar. Placenteramente. Como si degustara el más delicado de los manjares.
Mariam comprendió cuál iba a ser su final.
Era fácil adivinarlo.
Aquellos cráneos adornando las paredes, las cabelleras, los huesos, los recipientes con restos humanos, las jarras con viscoso y rojo líquido sanguinolento...
Mariam fue conducida a una de las paredes. En lo alto un enmohecido garfio. En el suelo una gran vasija para recoger la sangre de la víctima.
Edmond y Leila comenzaron a reír en infrahumanas carcajadas. Mostrando sus afilados dientes.
Sí.
Mariam sabía cuál iba a ser su horripilante final.

CAPITULO IX

Adam Bruckman sonrió trazando una semicircular mirada por la habitación.
—Bonita choza, abuelo.
—La de un hombre soltero, hijo. Soltero y pobre.
La estancia era amplia. Allí se emplazaba la cama, cocina, comedor... Todo ello con infinidad de objetos desordenadamente amontonados. Muebles viejos, ropa, libros... Todo un maremágnum.
—No estás solo, abuelo. Fuera he visto a la mula.
Herbert Wilcox rió divertido.
—Me resultas simpático, muchacho. Tienes sentido del humor. Y te estoy muy agradecido por salir en mi defensa y acompañarme a casa. Como recompensa voy a sacar una botella que tenía reservada para las grandes ocasiones. Una botella de auténtico whisky escocés.
—No te molestes, abuelo. Además..., ya has bebido bastante.
Herbert Wilcox, que rebuscaba afanosamente en una de las estanterías, giró con rapidez.
—¿Insinúas...? Comprendo. Crees que lo de Edmond Hackett es fruto de mi imaginación.
—Pasaste por el cementerio y te dejaste impresionar. Eso es todo.
Wilcox localizó la botella de whisky.
La descorchó atizándose un largo trago. Seguidamente la ofreció al sonriente Bruckman.
—Yo no me dejo impresionar con facilidad, hijo. Soy un hombre viejo. He visto ya demasiadas cosas, aunque reconozco que lo de Edmond Hackett es de lo más alucinante. Y no hablo de ahora. El ver su espíritu vagar por el cementerio no me asusta mucho. Era peor cuando Edmond y Leila habitaban en su mansión de la colina.
—Adelante con tu historia, abuelo —dijo Bruckman, después de aplicar el gollete de la botella a los labios—. Promete ser interesante.
El rostro del anciano se ensombreció.
—No es interesante, hijo. Es maligna. Diabólica. Yo conocí a Warren Hackett y a su esposa Martha. Un matrimonio creyente y respetuoso de la ley de Dios. Y recuerdo cuando Martha quedó embarazada. Habitaban en una granja. Distante de Wardsville. Te hablo de hace ya mucho tiempo. Cuando aún se podía vivir sin depender de la civilización. Warren y Martha eran jóvenes y sanos, pero el parto se presentó con complicaciones. Peligraba la vida de Martha. Así se lo hizo saber el doctor Warren. Y Warren suplicó al Todopoderoso por la vida de su esposa. Nació un varón al que llamaron Edmond. Un varón y sano, pero Martha se moría poco a poco. Las súplicas del

desesperado Warren no eran escuchadas. Fue entonces cuando dirigió sus ruegos a Satanás. Ofreciéndole como discípulo y servidor a su recién nacido hijo a cambio de la vida de Martha. Y Satanás así escuchó la plegaria. Martha se recuperó... y Warren cumplió la promesa.

—Apasionante leyenda que...

—¡Maldita sea! —interrumpió Herbert Wilcox—. ¿Leyenda? ¡Yo conocía a Warren Hackett! ¡Yo estaba presente en su desesperado ruego a Satán...! Y yo he visto crecer a Edmond Hackett. Warren y Martha, antes de morir, ya habían dejado marcado el camino a Edmond. Y éste fundó su secta. Los Adoradores de Shakan. En una época en que sectas

y fanatismos comenzaban a proliferar en California. La hermandad fundada por Edmond Hackett fue algo diferente. Sus miembros escrupulosamente seleccionados. Shakan es el diablo de la lujuria, la depravación más aberrante, la gula desenfrenada... Shakan, según el Diccionario Infernal, se caracteriza por su desmedida glotonería y por violar a las mujeres sometiéndolas a los más degradantes actos sexuales. Edmond Hackett tomó esa malvada doctrina. Y de seguro fue iluminado por el mismísimo Lucifer. Sólo así se explica su degradación. Su refinada crueldad. Sus sangrientos ritos que culminaban con el más espeluznante canibalismo.

—¿Canibalismo?

—Sí, muchacho. Eso he dicho. Canibalismo ritual. Las víctimas, siempre mujeres jóvenes, eran violentamente ultrajadas por los miembros de la secta. Y luego devoradas. Edmond Hackett era un poseso. Shakan le colmó de dones sobrenaturales... y le envió a Leila. Leila... Sólo el pronunciar su nombre me hace estremecer. Leila era la reencarnación del mal. El diablo en forma de mujer. Apareció en Wardsville y se unió a Edmond. En matrimonio. Un matrimonio a los ojos de la sociedad... y una unión infernal en el templo dedicado a Shakan. Un templo instalado en los sótanos de la mansión de los Hackett. En la colina que bordea Wardsville. Allí tenían lugar las demoníacas orgías, las aberrantes violaciones, el canibalismo...

—Estás delirando, abuelo.

Herbert Wilcox movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—Daría gustoso lo que me resta de vida que todo fuera una fantasía mía. Todo fue real, muchacho. Yo lo sé. Y otros muchos de Wardsville lo saben. Nada se probó contra los Hackett. Las víctimas no eran habitantes de Wardsville, sino forasteros. Gente de paso o muchachas llevadas con engaños por los discípulos de Edmond Hackett, niñas raptadas en las grandes ciudades... Hace unos diez años, las murmuraciones en Wardsville resultaron ya clamorosas. Se hablaba de desgarradores alaridos, de risas infernales, orgías... Todo ello en la

mansión de los Hackett. La ira popular fue en aumento. Cierta noche…
El anciano hizo una pausa.
Se atizó un nuevo trago de whisky.
Su voz se hizo más tenue.
—Hace ya más de diez años, pero lo recuerdo perfectamente… Una noche sin luna. Una veintena de hombres armados se encaminan hacia la mansión de los Hackett. No había nadie en la casa. Sí encontraron un cadáver en el sótano. El de una niña de unos catorce años de edad. Troceado. Su desmembrado cuerpo alrededor de un grotesco ídolo. En el suelo, escrito con sangre, el nombre de Shakan. Los hombres de Wardsville arrasaron todo aquello. Derribaron el ídolo e incendiaron la casa. Todo quedó en cenizas.
—¿Qué fue de los Hackett?
—Los Hackett y sus discípulos estaban a pocas yardas. Escondidos. Contemplando con dolor la destrucción del templo a Shakan. Los discípulos escaparon. Sin duda confundiéndose entre los mismos habitantes de Wardsville. Edmond y Leila fueron acorralados. No se logró capturarlos con vida. Se suicidaron con un fuerte veneno. Así quedó demostrado en la autopsia practicada por el doctor Allyson. Fueron enterrados en el cementerio de Wardsville.
—Y tú has visto a Edmond Hackett vagar por entre las tumbas.
El anciano asintió.
—Sí… Le he visto. Me había quedado dormido en la cuneta. Y al despertar… Era Edmond Hackett. Con su capa roja… Su rostro deformado por llagas, pero le reconocí. Era Edmond. Deambulando por los nichos del lado sur del cementerio. Escapé de allí con la piel de gallina. Y no me avergüenza el confesarlo. En otras ocasiones había escuchado una extraña música… como una flauta… También risas… Yo acostumbro a recorrer las proximidades del cementerio. Cerca de allí están los vertederos. Entre la basura se encuentran cosas interesantes.
—Hasta fantasmas.
Herbert Wilcox volvió a aplicar el gollete de la botella a los labios.
—Edmond Hackett tenía poderes diabólicos. Recuerdo…, recuerdo haberle visto levantar objetos pesados con un solo gesto de su mano, con una mirada…, oscurecer el sol, detener el silbar del viento… Era un elegido de Satanás.
—Fenómenos paranormales, abuelo. Levitación, hipnosis… Hay individuos con fuerte poder psíquico. Pueden hacer creer muchas cosas.
—Yo hablo de satanismo, de posesión, de brujería, de las ocultas ciencias del mal… Todo ello dominado por Edmond Hackett.
Adam Bruckman palmeó la espalda del anciano.
—Descansa, abuelo. Mañana te encontrarás mejor. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Gracias, hijo. Me ventilaré la botella y dormiré como un tronco. Al menos eso espero.
—Seguro. Adiós, abuelo.
—Adiós...
Adam Bruckman abandonó la casa del anciano. De una sola planta. Una vieja casa en las afueras de Wardsville. En la parte trasera el establo para la mula y emplazamiento para el destartalado carro de tiro.
Bruckman apresuró el paso hacia el Corvette. Había tomado el vehículo para trasladar a Herbert Wilcox hasta su casa. Y ahora debía retornar con rapidez a la Geer Avenue. Ya había transcurrido más de una hora desde su salida del hotel. Y a Mariam no le agradaba esperar.
Pronto llegó al Madison Hotel.
Al acudir al mostrador de recepción fue saludado por la desagradable sonrisa de Stuart Corey.
—Llega tarde, señor Bruckman. Su... esposa salió hace unos diez minutos. Después de estar esperándole un buen rato en el salón social.
Adam Bruckman dirigió una mirada al digital de pulsera. Se había retrasado veinte minutos en el plazo de una hora fijado por Mariam.
—¿Dejó algún aviso para mí?
—Ninguno, señor. Simplemente me comentó que procuraría divertirse sin su compañía.
—Deme la llave.
Dam Bruckman subió a la habitación. Tampoco allí encontró nota alguna de Mariam. El baño escrupulosamente limpio y con toallas nuevas. Sin duda Mariam había dado orden al servicio después de su baño. Incluso el lecho estaba en perfecto orden, con el edredón impecablemente ajustado.
Bruckman se cambió la camisa.
Esbozó una sonrisa.
No era la primera vez que Mariam le hacía aquello. Era una mujer de temperamento. Y en más de una ocasión le había dejado plantado.
Adam Bruckman salió de la habitación.
Minutos más tarde deambulaba por la Geer Avenue. Seleccionaría un lugar donde cenar. Mariam ya lo estaría haciendo. Y sin duda había conquistado galante compañía.
Bruckman, después de cenar, recorrería los clubs y centros de diversión de la zona. En busca de Mariam.
No la encontraría.
Mariam no se estaba divirtiendo.

CAPITULO X

Los golpes a la puerta despertaron a Adam Bruckman. Sin abrir los ojos tanteó por el lecho. Estaba solo. De seguro era Mariam quien llamaba a la puerta.
Ahogó un bostezo a la vez que se incorporaba del lecho.
Echó una mirada al reloj de pulsera.
Faltaban unos minutos para las ocho de la mañana. La claridad del día ya iluminaba con intensidad la habitación.
Los golpes volvieron a sonar en la puerta.
—Ya voy…, ya voy…
Acudió hacia la puerta deslizando el cierre. Al abrir la hoja de madera parpadeó perplejo. Un estupor que también era compartido por el visitante.
—Janice…
La joven enrojeció hasta la raíz de los cabellos.
La única vestimenta de Adam Bruckman era un slip.
—Yo…, yo… creí…
—Adelante. Janice —sonrió Bruckman, percatándose de la turbación de la muchacha—. Voy a coger una pulmonía de seguir aquí…
—No te imaginaba aún sin levantar, Adam.
—Ayer noche me retiré un poco tarde. Me demoré buscando a Mariam y…
—¿Quién es Mariam?
—Mi secretaria.
—Comprendo.
Adam Bruckman amplió la sonrisa.
Janice se había situado junto a la ventana. De espaldas a Bruckman. Sin atreverse a posar sus ojos en él.
Todo lo contrario le ocurría a Bruckman. Su mirada abarcó a Janice. Con admiración. La joven lucía un conjunto de cazadora y falda tejana con blusa a cuadros viyela. El rubor de amapola acentuaba aún más la belleza del rostro femenino. Unido al leve subir y bajar de los erectos senos.
—¿Celosa, Janice?
La muchacha giró.
Airadamente.
Y al posar sus ojos en Bruckman, retornó de inmediato la mirada hacia el ventanal.
—Me dieron tu aviso, Adam Esperaba que volvieras a telefonear a Los Angeles. Estaba impaciente, y al no recibir noticias tuyas decidí trasladarme aquí. Esta mañana fleté un aerotaxi hasta Bakersfield.

Acabo de llegar ahora a Wardsville.
—No te gustará el pueblo, Janice.
—¿Qué has averiguado? ¿Qué sabes de mi hermana y de Frank?
Adam Bruckman ya se había puesto el pantalón. Siguió con los calcetines y zapatos.
—La clave está aquí, Janice. En Wardsville. Dame un poco más de tiempo. El botones del hotel me aseguró que los Meredith se hospedaron aquí, pero luego lo desmintió. Presionado por el director del Madison Hotel. Algo extraño ocurre y lo descubriré.
—Estoy muy preocupada, Adam. Cada día que pasa...
—Aunque en el día de hoy no consiga dato alguno, daremos aviso a la policía. No hay pruebas, pero trataré de convencerles de que investiguen en el Madison
Hotel y en todos los talleres mecánicos de Wardsville.
Y ahora discúlpame. Voy a afeitarme.
Bruckman se introdujo en el contiguo cuarto de baño.
Minutos más tarde había completado el aseo con esmerado afeitado y loción facial. Al retornar al dormitorio descubrió a la muchacha curioseando en el neceser de Mariam.
—¿Dónde está tu... secretaria?
—Eso quisiera saber yo —respondió Bruckman, abotonando la camisa —. Deduzco que pronto se presentará por aquí o telefoneará.
—¿Te acompaña siempre?
Adam Bruckman había acudido a la mesa de noche. De allí, de uno de los cajones, extrajo su revólver. Un Smith & Wesson que acopló bajo el cinturón del pantalón. En el costado izquierdo.
Se aproximó a Janice.
—No. Sólo en contadas ocasiones. Mariam es quien redacta los informes, archiva... Pocas veces me acompaña en las investigaciones.
—Era simple curiosidad.
—¿Sabes una cosa, Janice? Me gustan tus ojos verdes. Reflejarse en ellos es como sumergirse en el más seductor de los paraísos. Y también me gustan tus labios...
Buckman había abarcado entre sus manos el rostro femenino. Lo atrajo contra sí. Besando con suavidad los entreabiertos labios de Janice.
La joven no le rechazó.
Tendió sus brazos alrededor del cuello de Bruckman.
Y volvieron a unir sus labios. Ahora más apasionadamente. Con más ardor.
El rostro de Janice quedó encendido como la grana.
Adam Bruckman retiró la chaqueta de la silla ajustándola mientras se encaminaba hacia la puerta. Tomando del brazo a la muchacha abandonaron la estancia.

—¿Has desayunado, Janice?
—En Bakersfield, pero me sentará bien otro café. He madrugado mucho.
Dirigieron sus pasos hacia el pequeño bar del salón social de la planta baja. Janice solicitó un café con leche, mientras que Bruckman limitaba su desayuno a un café y una copa de brandy.
—¿Dónde está Freddy? —inquirió Adam Bruckman al empleado.
—¿Se refiere al botones del hotel?
—El mismo. Ayer noche no pude localizarle. Y tampoco ahora está en el *hall* de recepción.
—Freddy está enfermo —respondió el barman—. Pobre muchacho... Ayer noche, después de cenar, empezó a sentirse mal... Con mucha fiebre. Casualmente estaba aquí el doctor Allyson. El doctor ya no ejerce, pero trató a Freddy y ordenó su inmediato traslado al hospital.
Bruckman quedó en silencio.
Pensativo.
—¿Ocurre algo, Adam?
—No..., nada. Estaba pensando en una historia que me contaron ayer. Ese doctor Allyson guarda relación con la historia. Vamos. Quiero que conozcas a un individuo muy curioso.
Salieron del hotel.
Acomodándose en el interior del Corvette.
—Voy a contarte a grandes rasgos la fantástica historia de los Hackett...
El auto inició la marcha. Hacia las afueras de Wardsville. Y en el trayecto narró Bruckman la historia de los Hackett.
—¿Qué te ha parecido?
—Espeluznante. Una historia espeluznante, Adam.
Bruckman rió divertido.
—Ahora conocerás a Herbert. Y de seguro restarás importancia a la historia. Me parece un viejo con demasiada imaginación. Aquellos dos bastardos no le golpearon mucho, pero a tan avanzada edad puede resultar grave. Quiero saber cómo sigue.
Detuvo el auto frente a la ruinosa casa.
Y apenas descender del vehículo se abrió la puerta de la casa. Asomando el ajado rostro de Herbert Wilcox.
—¡Qué sorpresa...! Creí que era la policía —rió el anciano—. Ningún auto se detiene aquí. Sólo el del ayudante del sheriff. La gente me acusa de pequeños robos. Calumnias... ¡Eh, Adam...! ¿Quién es la belleza que te acompaña? ¿Es tu chica?
—Te presento a Janice, abuelo.
—Hola, Herbert.
—Hola, hija... Pasar, pasar... Esta es vuestra pocilga..., digo vuestra casa... No puedo ofreceros gran cosa. Ni tan siquiera whisky. Me

ventilé la botella, Adam. Me sirvió para alejar las pesadillas.
—Eso no es bueno para la salud, abuelo.
—A mi primer biberón le añadieron unas gotas de aguardiente —rió el anciano a carcajadas—. Y desde entonces no he dejado de beber. No recuerdo la edad que tengo. Más de los noventa. Y me encuentro fuerte como un roble. ¿Crees que voy a dejar ahora la bebida?
—¡Dios mío…!
La exclamación de Janice hizo respingar al anciano.
También Bruckman dirigió una perpleja mirada a la muchacha.
—¿Qué te ocurre, Janice?
La joven estaba pálida.
Temblorosa.
Con la mirada fija en una estantería donde se amontonaba ropa y cartones. Y los ojos femeninos se centraban en un zapato. Un zapato de alta calidad, en charol piel, tipo botier y con el fino tacón forrado. Adornado con lazo y cordón fantasía. Un elegante zapato femenino.
—Ese…, ese zapato… es de Gladys…, es de mi hermana…
Bruckman lo tomó en sus manos.
Aproximándolo a la pálida Janice.
—¿Estás segura?
—Yo… yo misma se lo regalé…
Adam Bruckman giró hacia el perplejo anciano.
—¿Dónde lo has conseguido, abuelo? ¿Dónde has encontrado este zapato?
—Lo encontré… No conseguí la pareja, pero me pareció bueno y lo…
—¿Dónde?
El anciano carraspeó.
—En el cementerio de Wardsville. Allí lo encontré. Junto a los nichos del lado sur.

* * *

El Corvette se detuvo con estridente chirriar de frenos.
—No has debido acompañarme, Janice. Hubiera sido mejor que quedaras en Wardsville.
—¿Por qué, Adam? —inquirió Janice, angustiada—. ¿Qué esperas encontrar en el cementerio? ¿No estarás pensando en… en…? ¡Oh, Adam! ¡Es ridículo pensar en la historia de los Hackett!
—Quédate aquí, Janice.
Bruckman descendió del auto.
Y Janice le imitó. Sin obedecerle.
Se adentraron por el cementerio. Por entre las tumbas. Hacia la zona sur. Allí los nichos parecían formar una especie de muralla. El viento silbaba con fuerza. Agitando las altas copas de los Cipreses. En aquella zona era también donde se emplazaban los panteones. Algunos de

ellos auténticas obras de arte. Con impresionantes figuras de mármol. Con enrejadas puertas de acceso y níveos escalones que conducían al interior del mausoleo.

—Aquí… El panteón de la familia Keaton… Según el abuelo, fue por aquí donde encontró el zapato. Puede que…

—¡Adam!

El grito de la muchacha hizo girar con rapidez a Bruckman.

Descubriendo al individuo. Un hombre corpulento. Con una pesada pala en su diestra. Había surgido de entre el pasillo de nichos.

—¿Qué hacen aquí…? ¿Qué quieren?

—¿Y tú? —interrogó Bruckman—. ¿Quién eres tú?

—Yo soy el sepulturero.

—¿De veras? Magnífico… Tal vez puedas ayudarme. Busco la tumba de los Hackett.

Los ojos del individuo adquirieron un peligroso brillo. No pronunció ninguna otra palabra. Sólo un rugir. Un fiero gruñir a la vez que alzaba la pala para descargarla contra Bruckman. Este esquivó con agilidad el ataque. Y correspondió con un derechazo a la boca del estómago. Un trallazo que hizo doblar al individuo. Lo completó con un golpe en la nuca. Demostrando su condición de experto en karate. Un terrorífico golpe que hizo caer sin sentido al sepulturero.

Adam Bruckman respiró con fuerza.

Giró para dirigir una animosa sonrisa a Janice.

Palideció.

Janice no estaba allí. Había desaparecido.

CAPITULO XI

Adam Bruckman descubrió las huellas.
Unos surcos recientes en la húmeda tierra del cementerio. Como si hubieran arrastrado algo. Los trazos conducían hacia un mausoleo. Un gran panteón con artístico arco y puerta enrejada.
Y entonces sonó el grito.
Era Janice quien gritaba.
Y su desgarrador alarido procedía de aquel mausoleo.
Adam Bruckman empujó la enrejada puerta. Cedió mansamente. Sin el menor sonido. Cuatro escalones de blanco mármol. Y luego la pesada piedra que hacía de puerta. Bruckman cargó contra ella. Una y otra vez. Sin que el grueso mármol se moviera. Tanteó la losa. En busca de algún oculto resorte que hiciera girar la piedra.
Lo encontró.
Fue al tirar de los pequeños barrotes dorados que servían de protección al marco donde figuraban los nombres de la familia difunta.
Escuchó un sonido metálico.
Y al cargar nuevamente contra la piedra, ésta cedió deslizándose con suavidad.
Adam Bruckman se encontró ante una pequeña sala donde reposaban dos féretros. Y al fondo descubrió la luz. Un resplandor mortecino y crepitante. Al final de un estrecho túnel.
Se apoderó del revólver.
Avanzó por aquella galería subterránea. El túnel se iba ensanchando al final de su recorrido. Desembocando en una circular estancia. Con antorchas en las paredes. Con un camastro. Con un extraño ídolo en una especie de altar. Cráneos. Cabelleras. Recipientes con restos humanos...
Bruckman se estremeció.
Quedó inmóvil.
Paralizado por todo aquel horror.
Lentamente fue arrastrando los pies. Con gran esfuerzo. El horror le impedía casi mover las piernas. El reaccionar.
En una gran vasija de vidrio estaba la cabeza de Mariam. Flotando en viscoso líquido. Las cuencas vacías. Un rostro macerado, desencajado, deformado por indescriptible mueca.
La sombra surgió a espaldas de Bruckman.
Sigilosa como un fantasma.
Adam Bruckman se percató de ello, pero cuando quiso reaccionar ya era demasiado tarde. Fue arrojado al suelo por el peso de su atacante.

Con unas viscosas manos atenazando su cuello. Reteniéndole la cabeza contra el suelo. Golpeándola una y otra vez.
Bruckman había perdido su revólver. Se debatió. Hizo un violento giro logrando derribar a su agresor, aunque sin conseguir que dejara de aprisionarle el cuello. Proyectó el codo derecho hacia atrás. Con brutal violencia. Escuchó un sordo rugir. Y también percibió que la presión sobre su cuello se aflojaba.
Volvió a proyectar el codo a la vez que giraba con fuerza logrando zafarse de su enemigo.
Y quedó frente a él.
El terror inmovilizó momentáneamente a Bruckman.
Al contemplar aquel horrible rostro llagado. Aquellos ojos atrofiados. El boquear de un pestilente orificio carente de labios...
Bruckman dominó su repulsión.
Descargó el puño derecho sobre aquel deforme rostro. Una y otra vez. Sin importarle el espeluznante reventar de aquellas llagas bajo sus demoledores puños. En su mente sólo una idea fija. Aplastar a aquella demoníaca criatura. Acabar con aquel engendro del diablo.
—¡Adam...! ¡Adam...!
Bruckman ladeó la cabeza.
A tiempo de ver cómo una monstruosa mujer de sucia túnica soltaba violentamente a Janice y corría para apoderarse del caído revólver.
Lo aferró con ambas manos.
Con diabólica mueca en el rostro, con los saltones ojos casi fuera de las órbitas, rugiendo con infrahumanos sonidos... Comenzó a disparar. Una y otra vez. Hasta vaciar el cargador del revólver.
Adam Bruckman se había parapetado tras el individuo de la capa roja. Protegiéndose con su cuerpo. Y percibió las sacudidas. Los impactos en el cuerpo del monstruo. Tres impactos. Los restantes proyectiles se perdieron en las paredes de la cueva.
Un desgarrador estertor brotó de Edmond Hackett.
Al unísono con el alarido de Leila.
—¡Edmond...! ¡No, Edmond...! ¡Oh, Gran Shakan! —aulló Leila, alzando los brazos—. ¡Acaba con los intrusos, Gran Shakan...! ¡Condúcenos a todos a tu morada...! ¡Abre el infierno para nosotros...!
Un estruendo siguió a las dementes palabras de 1a mujer.
Uno de los túneles se derrumbó taponando la salida. Dos antorchas cayeron. Al igual que recipientes que colgaban de las paredes, los cráneos, el ídolo...
Adam Bruckman se incorporó corriendo hacia Janice. La muchacha estaba en el suelo. Gritando histérica. Temblando convulsiva.
Bruckman la tomó en sus brazos precipitándose hacia la galería que le había conducido hasta allí. Al entrar en la boca del túnel, todo el techo de la cueva se vino abajo. Sepultando a Leila que continuaba

con sus infrahumanos alaridos.
El suelo tembló bajo los pies de Bruckman. Prosiguió su vertiginosa carrera hacia la salida. Llegó junto al mausoleo. Justo en el momento en que una especie de terremoto pareció sacudir el cementerio de Wardsville.
Como si realmente Shakan, en su deseo de complacer a Leila, tragara todo hacia el Averno.

* * *

El inspector Slim Connely, del FBI, encendió un cigarrillo. Sin evitar un ligero temblor en
sus manos.
—Llevo muchos años en activo, Bruckman. Creía haberlo visto todo. Me he enfrentado a casos realmente monstruosos; pero esto...
—Edmond y Leila Hackett contaban con un colaborador especial. El mismísimo Satanás.
El inspector hizo una mueca.
—Terminaré por creerlo... Es imposible tanta maldad sin ser dirigida por el mismísimo diablo. Su sospecha era cierta, Bruckman. Hemos detenido al doctor Allyson. Fue uno de los principales miembros de la secta de Hackett. Simuló practicar la autopsia. El veneno que tomaron los Hackett simplemente les originó una muerte aparente. Ya lo tenían acordado con el doctor Allyson por si un día surgían complicaciones.
Y surgieron.
—Sí. Tengo un vago recuerdo del suceso. Sólo se encontró un cadáver en la mansión de los Hackett. El cuerpo troceado de una niña. El hecho aconteció hace años. No hubo juicio. Los Hackett se habían... suicidado. Se cerró el caso.
—Era el comienzo.
—Resulta alucinante... Diez años viviendo en el cementerio. En unas catacumbas construidas por sus más fieles discípulos. El sepulturero, el doctor Allyson, el director del Madison Hotel, el jefe del hospital... Todos ellos endemoniados por el poder de Edmond y Leila. Diez años... Los Hackett se alimentaban en un principio de los cadáveres recién enterrados. No podían salir de allí. Habían burlado a la justicia, pero quedaban condenados a aquellas cavernas. Primero cadáveres... y luego víctimas proporcionadas por sus discípulos. Muchachas jóvenes que, siguiendo el ritual de Hackett, eran violentamente ultrajadas.
—¿Se conoce el número de víctimas?
El inspector del FBI denegó con un movimiento de cabeza.
—Se está trabajando en ello. Resultará difícil. En algunas ocasiones, Las víctimas eran elegidas por el propio Edmond Hackett. Así ocurrió en el caso de Gladys Holm. El poder mental de Edmond le hacía ponerse en contacto con sus más fieles discípulos. El doctor Allyson y

Stuart Corey en el Madison Hotel. Les señalaba la víctima. Les mencionó a Gladys. Le resultó atractiva al pasar frente al cementerio. Estableció contacto con ella. Pronunciando su nombre... Así hacía con sus víctimas elegidas. Aterrorizarlas. Queda narrado en la espeluznante confesión de! doctor Allyson.
—Los discípulos trasladando a las víctimas...
—En efecto, Bruckman. Era el... alimento. Gladys, Frank Meredith, Mariam... ¡Dios...! Es alucinante.
—También resulta increíble el hecho de permanecer años y años en las sombras, cometiendo sus crímenes...
—Contaban con buenos colaboradores. Stuart Corey, el del hotel... Un hotel con entradas secretas camufladas en el doble fondo de los armarios, en los cuartos de baño... Las víctimas ya eran destinadas a esas habitaciones especiales. Firmaban en el libro de registro con tinta invisible que desaparecía al poco tiempo. Incluso con los Meredith se tomaron la molestia de llevar el Mercury hasta Bakersfield. Para que las investigaciones de la policía no partieran de Wardsville.
—Malditos...
—Todo el peso de la ley caerá sobre ellos, Bruckman. Ninguno escapará. Lo triste son las víctimas... y el recuerdo. Janice Holm necesitará mucha ayuda para recuperarse. Ahora le está esperando. Llévesela de aquí, Bruckman. Cuanto antes. Ya me pondré en contacto con usted para completar las diligencias.
Adam Bruckman se incorporó.
—¿Cómo sigue Freddy?
—Bien. Tenían proyectado eliminarlo, aunque sin despertar sospechas. Envenenándolo poco a poco. Evitar que usted investigara en el muchacho. Las víctimas no eran de Wardsville. No les interesaba sembrar la inquietud con misteriosas desapariciones. De ahí que permanecieran largo tiempo sin descubrirse sus... No quiero entretenerle más, Bruckman. Acuda junto a Janice y salgan cuanto antes de Wardsville.
Los dos hombres estrecharon sus manos.
Adam Bruckman abandonó el edificio.
Wardsville, en aquellas horas del atardecer, era una ciudad desierta. Incluso la bulliciosa Geer Avenue. Todo el pueblo aterrado por los acontecimientos. Consciente de que quedarían marcados para siempre. Una macabra aureola ceñiría a Wardsville. Convertida en una ciudad maldita.

EPILOGO

Adam Bruckman arqueó las cejas.
—¿Una sorpresa? ¿Qué clase de sorpresa?
—Una visita —sonrió Janice, humedeciendo sus gordezuelos labios en el gin-tonic con hielo—. Llega esta tarde. Apuesto que no adivinas de quién se trata.
—Por supuesto que no. Todos cuantos van acudiendo son conocidos o familiares tuyos. Mis amistades son muy reducidas. Y sin familia. Sin perro que me ladre.
—Sí, es conocido tuyo, Adam. Se trata de Herbert.
Bruckman interrumpió el iniciado ademán de encender un cigarrillo. Fijó la mirada en la muchacha.
—¿Te refieres a… al abuelo?
—Ajá.
—Janice…
—Hace una semana me escribió una carta —interrumpió la joven—. Una carta deliciosa. Había leído en los periódicos el anuncio de nuestra boda y quiso felicitarme. Yo correspondí invitándole a la boda… y a algo más. En Laboratorios Holm existe un hogar para los trabajadores jubilados que carecen de familia o prefieren no depender de nadie. He ofrecido a Herbert una plaza en el hogar. Tú ya conoces la fundación,
Adam. Habitaciones confortables, jardín, trabajos manuales… Un verdadero hogar. Herbert ha aceptado. Llega hoy a San Francisco. Y quiero ir a recibirle.
Bruckman encendió el cigarrillo.
En silencio.
Un mutismo que prolongó unos segundos.
—¿Estás segura, Janice? ¿Te encuentras con fuerzas?
—Sí. Han transcurrido ya ocho meses de… de el suceso. Ocho meses en los que tú te has volcado sobre mí. Envolviéndome con tu cariño, con tu comprensión, con tu amor… Esforzándote por hacerme olvidar. Soy feliz a tu lado, Adam. Y quiero seguir siéndolo. Sé que tú me harás feliz.
—También yo soy un hombre afortunado. Por lo de pronto ya he sido nombrado jefe de seguridad en Laboratorios Holm.
—¿Esa es toda tu ambición?
Estaban en la apartada mesa de un discreto y romántico club. Con luz tenue y melódica música ambiental.
Bruckman tomó el rostro de la joven entre sus manos.
Besó los trémulos labios femeninos.

—Mi única ambición es estar contigo, Janice. Cuidar de ti. Protegerte contra todo y todos…

—Ya lo has hecho, Adam. Has conseguido lo que me parecía imposible. Sonrío de nuevo, soy feliz, tengo esperanza, alegría de vivir… De ahí que no haya dudado en hacer ese ofrecimiento a Herbert. Es un anciano que necesita de un crepúsculo feliz y reposado.

Volvieron a unir sus labios.

No olvidarían lo ocurrido en Wardsville.

Era algo imposible de olvidar, pero sí un futuro esperanzador se abría para Adam y Janice. Reforzado por el amor. Un amor mucho más fuerte que toda la maldad que emponzoñó a los eternamente malditos Hackett.

F I N

PUNTO ROJO intriga... ROJO

PUNTO ROJO

misterio... ROJO

suspense... ROJO

acción... ROJO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA 60 PTAS.

Impreso en España